

20.

2430

3148

Al notable escritor, mi  
querido y admirado amigo Eua  
Parrubero.

Con un saludo cariñoso de

Hamlet Gómez

4 Junio 1909.

HAMLET-GÓMEZ

49, Santa Engracia, 49

MADRID

## OBRAS DEL AUTOR

MISTERIOS DEL ANARQUISMO. (Revelaciones sensacionales del «detective» inglés William Wallace). Novela publicada en la revista «Caras y Caretas», de Buenos Aires. Traducida al alemán por Gustav Blell, de Königsberg. Traducida al italiano por Ernesto Jaconis, para su publicación en «La Tribuna», de Roma. Adquirida por «El Heraldo», de México, para su publicación en folletón y por «El Imparcial», de México, para su publicación en tomo. Solicitada por «Aftonbladet», de Stokolmo, «La Opinión Nacional», de Lima y editores de Londres, Francia y Portugal.

INRI, EL PANTANO. Dos novelas en un tomo. Traducidas al alemán por Gustav Blell, de Königsberg.

EL DESPERTAR. Comedia en un acto, estrenada en el teatro Nacional, de Buenos Aires.

EL ANARQUISMO EN PARÍS. (Revelaciones sensacionales del famoso «detective» inglés William Wallace). Novela. Escrita para publicarse en breve en la revista «Caras y Caretas», de Buenos Aires.

DEL ALMA DE ANDALUCÍA. Una novela y varios cuentos. La novela ALMA ANDALUZA traducida al alemán por Gustav Blell, de Königsberg; los CUENTOS publicados en «Caras y Caretas», de Buenos Aires, y en otros periódicos extranjeros.

### En preparación

EL ANARQUISMO EN RUSIA. (Revelaciones sensacionales del gran «detective» inglés William Wallace). Novela.

DE LA PRIMERA HORNADA. Cuentos.

COSAS DE HÁMLET GÓMEZ. Novela.

LA SELVA HUMANA. Novela.

DEL AMOR Y EL DOLOR EN LA VIDA Y EN LA MUERTE. Novela.

UNA FAMILIA FELIZ. Novela.

DEL ALMA DE ANDALUCÍA



18 cmf.

R-74.788

DA-2-606



HAMLET-GÓMEZ

# Del alma de Andalucía

UNA NOVELA  
Y VARIOS CUENTOS

1  
AC  
607

MADRID  
IMPRESA DE ANTONIO ALVAREZ  
Marqués de la Ensenada, 8  
1909.

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

Á

## DON MIGUEL MOYA

*maestro de periodistas; guía de empresas y de hombres; tan pródigo de su fuerza como de su bondad: oro y hierro en amalgama rara, brilladora y perdurable; alianza de preciosos metales del cerebro y del corazón, asociados para formar un hombre en honor del periodismo y de la raza.*

*Yo, con luz en el corazón, para que pueda ver en él siempre escrito su nombre, le dedico este homenaje, que va á sus manos ardido en efusión, á la luz de llama de mi admiración y de mi afecto.*

*Hámlet-Gómez.*



## BREVE, AL LECTOR

Lector: me desconsolaría que no te interesara este libro. Lo primero, porque yo deseo con ansia tener muchos lectores... Luego, porque abrigo mis razones para amar especialmente este libro. He coleccionado en él, de cuanto he escrito en muy distintas épocas de mi vida, todo lo que á mi entender refleja un matiz del alma de Andalucía, vista á través de mi propia alma andaluza. ¡Pero veréis que *andalucistas* más extrañas las mías, veréis! Y, sin embargo, ¿quién va á negarme á mi que soy andaluz?... Pues lo soy. Y mi libro es todo alma, y alma de Andalucía. ¡Pardiez!...

Este libro querido me recuerda la vida entera: mi vida miserable y fantástica de luchador: con mis derrotas dolorosas y también con mis triunfos. Figuran en este tomo trabajos escritos hace años, de larga y triste historia; y otros recién salidos del horno: todos, á duras penas, los pobrecitos, se van haciendo camino por el mundo...

Lector: yo me prometo que á lo menos has de encontrar algo que te interese ó te recree en este libro. Siendo así, te ruego que me recomiendes á tus amigos para que me lean. Adiós y gracias.

H.-G.



# Alma Andaluza

NOVELA-POEMA



## I

Las gentiles mozas de Atalaya del Mar debieron dormirse sonriendo aquella noche y los bravos mozos debieron no dormir.

Atalaya del Mar es el más celebrado de aquellos pintorescos pueblecillos que se encuentran esparcidos en las playas de la costa de Granada, como orla de joyeles en el rico manto de la Sultana.

Atalaya del Mar es cuna florida y bien famosa de hombres bravos y gentiles hermosuras, que, arrullada por el mar, vela su blancura entre palmeras y cañaverales, naranjos y plátanos, vides y flores, como mujer coqueta que recata sus encantos para darles más realce y seducción mayor.

Atalaya del Mar se diría una bandada de palomas posada en una playa arenosa y diseminada en un vergel. Y allí florecen los hombres bravos como los espinos en el monte y florecen las hermosas como las flores en un jardín. Pero en Atalaya del Mar son más terribles los ojos negros de las mujeres que las navajas trágicas de los hombres.

De todas las desgracias que pueden acontecer á los hombres en este mundo de asechanzas, la mayor es caer en el abismo de unos ojos. Pues en Atalaya del Mar pasais de continuo bordeando abismos. Allí se conserva todavía «el secreto de los ojos agarenos» ¡Oh! Son ojos voraces, insondables y fatales... ¡Dios nos guarde, amigos!

Verdad es que no siempre los ojos de las hijas de la Atalaya son negros, sino azules como el cielo ó verdes como el mar; pero entonces no os asalta el temor de morir: os dais buenamente por muertos... y vamos viviendo.

Atalaya del Mar es un pueblo por el cual cruzais vosotros, viajeros, al trote acompasado y galán de un potro andaluz, que gallardea

arrancando chispas del empedrado y llevando la alarma, con sonoridades de clarín, á los corazones que esperan tras de la reja la llegada del príncipe soñado; y veis que aquí y allá, en una reja ó en un balcón, asoma un rostro curioso de mujer, que á veces es morena y á veces rubia, á veces rostro de mujer de señorío y á veces rostro de mujer fregona, y después de saludar cada aparición con un respingo de placer, os deteneis á reflexionar filosóficamente: «Pero, Dios mío, ¿qué país es este?» Os limpiáis el sudor, porque en Atalaya del Mar hace siempre calor, y pensáis: «¡Pues señor, me quedo con todas!»

Eso sí; es preciso que esta reflexión la hagais en silencio, porque de lo contrario os exponéis á que una insolencia hiera vuestros oídos, al revuelo de una carcajada burlona y provocativa:

—¡Las niñas de la Atalaya se han hecho para los hombres, amigo!

Y no ha de faltar una niña que, asomándose á una reja ó á un balcón, diga á grito herido:

—¡Olé!

Porque otra de las características de Atalaya del Mar es que sus habitantes viven en la calle y hablan á gritos. Como nunca tienen frio, bañados por el mismo sol del Sahara, viven en los patios, con las puertas ó las cancelas abiertas; y como nunca tienen nada que hacer, charlan sin cesar; y como el ruido del mar los ensordece, charlan á gritos. Por lo que, desde que Dios amanece, el pueblo de la Atalaya parece un gallinero alborotado, indiferente al trabajo y á las amenazas ó á los arrullos del mar. Como los gallos y las gallinas, los ataláyenses no saben mas que amar y reñir por sus amores... ¡Oh, cuna florida, nidal de amores! ¡Los únicos sabios de la vida son estos hijos de Mahoma!...

## II

Ya que conoceis á los habitantes de Atalaya del Mar, preciso es que conozcais el pueblo; presentados á los moradores, ved la morada.

Atalaya del Mar es un pueblo de casitas enca-ladas, blancas y limpias, coronadas de azoteas, constituido por una sola calle, amplia y recta, que en el centro se ensancha en círculo y vuel-ve á estrecharse, formando en el promedio una ancha plaza, única del pueblo. Un hombre alto y seco, poseedor de una excelente barriga, ten-dido á lo largo, nos daría en miniatura la ima-gen exacta de Atalaya del Mar. Por lo cual este pueblecito parece un jardín inglés de macizos florecidos de blanco, tendido en la llanada are-nosa, frente y paralelo á la ribera del mar.

A espaldas de esta calle y de esta plaza que constituyen el pueblo, en leves colinas escalo-nadas, primeras estribaciones de un paisaje montañoso, que corona, allá, en las cimeras nevadas, el anciano rey de Sierra Nevada, se extiende un vergel de huertos abancalados en los que se destacan diseminadas, acá y allá, al-gunas casitas blancas. Y en una elevación ro-cosa, dominándolo todo, se yergue altivo to-davía un torreón almenado del antiguo casti-llo que ejecutó hazañas en sus mocedades bi-zarras defendiendo la honra, la vida y la ha-

cienda de los hijos de Atalaya del Mar, cuando los buenos corsarios berberiscos osaban hacer incursiones y correrías por las costas españolas.

El honrado castillo cumplió siempre con su deber, según cuentan, y hoy es una reliquia venerable; pero si su esfuerzo logró defender á los hijos de la Atalaya de las agresiones de los piratas berberiscos, no pudo hacer otro tanto de los ataques del mar. El mar, en efecto, se acerca lenta, pero implacablemente, al pueblo de la Atalaya y tarde ó temprano acabará por devorarlo. Cuentan los abuelos que en el espacio de cien años el mar ha avanzado algunos metros y los padres de estos abuelos diz que transmitieron á sus hijos la historia agorera de otro avance mayor y con ella la certeza de un fin siniestro. Atalaya del Mar concluirá por hundirse en el mar, y entonces, ¡adiós, hermosas mujeres y hombres bravos!, ¡adiós, cuna florida, nidal de amores!, ¡adiós, grescas y galanteos!, ¡adiós, pequeño paraíso de Mahoma!... ¡El gallinero de Atalaya del Mar enmudecerá para siempre y quedará ergui-

do como una ironía suprema el intrépido torreón del antiguo castillo, contando al cielo su impotencia!...

De este modo, un hombre compra una pistola para defender su vida, y muere el hombre y queda la pistola. Lo que demuestra que para alcanzar la inmortalidad aprovechan más á los pueblos y á los hombres las buenas acciones del genio y del heroísmo, que los buenos castillos y las buenas pistolas.

### III

Y bien; he comenzado diciendo: «Las gentiles mozas de Atalaya del Mar debieron dormirse sonriendo aquella noche y los bravos mozos debieron no dormir».

¿Por qué? Porque era la víspera de un día de grandes fiestas. De un mes atrás los atalayenses no hablaban de otra cosa.

Paco Serrano, el buen mozo, y Juan López, el buen muchacho, habían regresado al pueblo con vida, de la artera guerra cubana. Sus no-

vias, dos hermanas, Rosario y Carmen, iban á costear una función en honor de la Virgen del Mar—promesa hecha en los tristes días de la ausencia de sus novios—que había de celebrarse al día siguiente, por la mañana.

Para la tarde de este mismo día, Paco había organizado una becerrada, en la que tanto él y su amigo Juan, que eran los encargados de matar los dos toros que habían de lidiarse, como los demás mozos del pueblo, que habían de ayudarles en la lidia, pensaban lucir su garbo y sus arrestos en honor de sus hermosas paisanas...

Y para la noche, Juan había preparado un baile en la playa, ya dispuesta al efecto con ramajes, flores y gallardetes, en donde ellas lucirían su gracia y hermosura, donaire y gentileza en honor de los héroes de la tarde.

¡Qué día para los ensueños de amor y de retozo de la gente moza!

Las mozas, pues, de aquel pintoresco pueblecillo que arrulla el mar en la costa granadina se acostaron aquella noche con la esperanza de rezar, de divertirse y de amar; de

verse agasajadas, admiradas y queridas... Los mozos se acostaron, pues, con la inquieta esperanza ansiosa de hacer proezas que despertaran la admiración, el entusiasmo y el amor de sus amadas...

Y la fé, la alegría y el amor, que es el alma de las andaluzas; y el valor, la alegría y el amor, que es el alma de los andaluces—almas completas si se les añade un fondo atemperante de soñadora melancolía—tuvieron que sentirse halagadas y acariciadas; la de aquéllas, por dulces promesas; la de éstos, por gratos desasosiegos...

¿Qué más necesitan los andaluces para desvelarse y permanecer despiertos toda una noche?... ¿Qué más necesitan las andaluzas para dormirse sonriendo, soñar cosas bellas y despertarse al día siguiente muy temprano, sonriendo todavía?...

#### IV

Á la salida occidental del pueblo, en un altozano pintoresco, á donde se llega por una

senda bordeada de naranjos, palmeras y limoneros, se destaca una casita blanca, rodeada de un huerto. Allí es donde viven, con su madre, Rosario y Carmen, como dos palomas en su palomar.

La casa sólo tiene una reja, que da al huerto, á espaldas de la puerta de entrada; una reja engalanada de madreselvas y de jazmines en flor, cobijada á la sombra de un tilo. Y allí es donde las dos mozas reciben á sus novios todas las noches, alternando por parejas en sus pláticas nocturnas de amor y galanteo.

Rosario, la novia de Paco, como casi todas las andaluzas de los cuentos, era una andaluza de cuerpo y de sangre: andaluza desde la negra cabellera peinada en bucles y ornada de flores, que sirve de marco á su carita morena, hasta los diminutos y carnosos pies, que apenas tocan el suelo, cuando, airosa y gentil, cimbreaba el gallardo cuerpo, opulento y macizo, ya con suaves ondulaciones felinas, ya con vigoroso contoneo de bacante. Sus ojos, negros, profundos, sombreados por largas pestañas y casi siempre entornados, con la generosa pruden-

cia de un mozo que esconde la mitad de la hoja de su faca para herir sin matar, irradiaban toda la luz y todo el fuego de los días andaluces, aquéllos en que el sol brilla y marea y ciega y quema. Y en sus labios, rojos y gruesos, casi siempre entreabiertos por una sonrisilla maliciosa y burlona, como avispas en una flor roja, siempre revolaban el donaire incisivo y el chiste gracioso é intencionado...

Cuando Rafaelito Sandunga, que ejercía en el pueblo el popular oficio de carnicero la vió por vez primera, después de una ausencia suya en la que Rosario se hizo mujer, tuvo para ella esta frase de supremo entusiasmo y admiración:

¡Qué *tía!*

En cambio, cuando vió á su hermana Carmen, la novia de Juan, una rubia delgaducha y pálida, que andaba y se movía sin pizca de aire, que sonreía y miraba con timidez, que se encendía en rubores por cualquier bobada «como una pava», el buen Sandunga, después de encogerse de hombros galantemente, sentenció y dijo:

¡Vaya una niña sin ángel, sin *chicha* y sin *ná!*...

No nos sorprendamos. Sobradamente se explica que un carnicero mida la belleza de las mujeres por la cantidad de carne mollar que posean. Lo más extraño es que haya poetas cortesanos que piensen con los mismos sesos de un carnicero, sin que por ello esos exquisitos amadores de la pringue dejen de creerse á sí mismos seres melancólicos y selectos.

También la «señá» Angustias, la madre de Rosario y Carmen—«una gitanona del alma mía, más flamenca que María Santísima», según la feliz expresión de Sandunga—también la madre de las dos hermanas decía:

—Parece mentira que yo, que he parido á Rosario, sea madre á la par de una niña «tan sin gracia» como Carmencilla...

Y solía añadir, riendo á carcajadas:

—¡Yo debí tener un descuido con uno de esos tíos ingleses que vienen por aquí á comprar uvas!...

Y, sin embargo, á pesar de la autorizada opinión de esta andaluza castiza, y de la muy

respetable opinión del carnicero del pueblo, otro andaluz de casta, Carmen era una preciosa criatura, de exquisita belleza. Así como los negros ojos de su hermana tenían todo el ardoroso encanto de los días abrasados de Andalucía, los bellísimos ojos azules de Carmen, dulces, confiados y soñadores—ojos de candor y de ideal—tenían toda la infinita poesía de sus noches de luna, claras, suaves, silenciosas y perfumadas...

Con un aire de bondad ingenua, humildemente encantador, los ojos de Carmen parecían suplicar: «Señores, permitidme que viva; yo me esconderé para no estorbar ó me desviviré por agradaros»...

En cambio, los altivos ojos de Rosario parecían imperar: «El mundo es pequeño para contener mi hermosura; descubriós, que todos habéis nacido para darme homenaje como á una reina»...

Y como sus ojos eran sus almas.

Cuando sus novios respectivos se fueron á la guerra, Rosario lloró á gritos, Carmen sollozó... Cuando las dos lloraban la ausencia de

ellos, Rosario lloraba cantando y alborotaba la casa con sus lamentos; Carmen lloraba en silencio, enferma en su lecho.

¡Oh! ¡Si no volvieran los novios amados!... Rosario hubiera sido capaz de matarse; Carmen hubiera sido incapaz de no morirse...

Y cuando ellos regresaron al fin, la alegría de aquélla se desató en carcajadas y en extremas ponderaciones de júbilo; la de ésta apenas movió sus labios: sólo brilló en sus ojos, llorosos todavía...

## V

Y así eran Paco y Juan.

Aquél, un buen mozo, galán generoso y bravo, á quien todas las mujeres sonreían y todos los hombres miraban con envidia y con respeto; un «gallo» que había rendido tantos corazones de mujeres, como hombres había tendido á sus piés en riñas leales.

Y Juan, por el contrario, era un pobre mozo, cándido, aturdido é inofensivo; un des-

dichado que jamás había obtenido ni solicitado otro amor que el de su Carmen; un infeliz que no había matado á nadie en su triste vida, ni había dado una mala puñalada siquiera...

Mas hé aquí de las consabidas burlas de la suerte. A Juan, en cierto épico trance, allá, en Cuba, las circunstancias le colocaron en situación extrema y la desesperación hizo de él un héroe: cuando abrazó á su madre y á su novia el día de su llegada al pueblo, llenó de lágrimas la cruz de San Fernando, que ostentaba en su pecho.

Y mientras Carmen le perdonaba que hubiera sido héroe en gracia á que lo había sido sólo por amor á ella, Rosario, la moza altiva y ardiente, orgullosa de sí misma y apasionada de Paco, sólo porque era el más bravo y galán de todos los mozos del pueblo, se sintió humillada y tuvo envidia de los ojos azules de su hermana...

Así lo comprendió Paco la misma noche de su llegada, cuando en la reja, ella le negó un beso de bienvenida...

—¿Me niegas el beso que me has prometido mil veces y en el que yo he soñado durante cinco años, solo, allá, en Cuba?...

—¡A una mujer como yo no se le pide un beso sin traer colgada del pecho la cruz de los valientes!—replicó al fin altivamente la moza, después de hacerse rogar como una diosa.

Y al día siguiente, en el momento en que Rosario y Carmen fijaron la fecha en que había de celebrarse la función ofrecida por ellas á la Virgen del Mar y Juan prometió organizar un baile para la noche de aquel día, Paco, más rumboso que todos—y encantado de poder lucir tan guapamente sus ahorros de cabo furriel en Cuba—ofreció costear una becerrada en honor de las dos hermanas, con la condición precisa de que él y su amigo Juan serían los encargados de matar los dos toros que se lidiaran: uno cada uno...

## VI

En la noche anterior al día señalado, cuando en los labios dormidos de las hermosas de

Atalaya del Mar sonreía la esperanza, la misma esperanza que desvelaba á los mozos en sus lechos, Paco le dijo á su novia al despedirse de ella:

—Mañana he de hacer tales cosas, que no podrás negarme lo que te pido.

Ella se rió... Aquella risa era una promesa...

Y él se alejó pensando:

«Es justo que tanta hermosura sólo re rinda al valor; mañana ganaré un beso de sus labios... ó moriré.»

Y aquella misma noche, cuando todo reposaba en silencio, Carmen y Juan, recostados en la reja florida del huerto, tapizada de madreselvas y nevada de jazmines; juntos, con las manos enlazadas, como jugaban de niños; muy cerca el uno del otro, como dos hermanos; él cobijado á la sombra del tilo, ella con la luz de la luna sobre el rostro, se miraban...

Carmen estaba triste; le inquietaba que en un día tan feliz como prometía ser el siguiente para ella, él pudiera correr algún peligro. Y le disgustaba aquella fiesta: sólo á una había

asistido en su vida y tuvo que retirarse, sin verla, del miedo que pasó...

—¡Qué ocurrencia ha tenido Paco!

Y él trataba de convencerla:

—¿Cómo quieres que yo me niegue á tomar parte en una fiesta preparada por otro en honor tuyo?... Esos temores que tienes son de niña. ¡Si es cosa de juego!... Ya verás, ya verás cómo resulta una hermosa fiesta y nos divertimos...

Y luego:

No pienses más en eso. Muy pronto, muy pronto, Carmen mía, unidos para siempre, nos iremos á vivir á nuestra casilla junto al mar, á la casilla que rodea el huerto y esconden los árboles, y allí, sin que nadie nos vea, sin ver á nadie, solos, muy solos, como á ti te gusta, como yo he soñado, ¡cuánto hemos de querernos!...

Y así, él hablaba y hablaba, y ella de todo se olvidaba, cándida y dichosa, y pensativa sonreía...

Hubo una pausa. Estaban muy cerca el uno del otro, mirándose confiados, con las ma-

nos juntas y la vida en los ojos, y sus alientos, serenos y acordes, se acariciaban...

Súbito, él sintió sobre su frente, como el roce sedoso de un ala, el contacto leve de un rizo de los cabellos de ella, movidos por un soplo de viento, y estremecido de súbito y mirándola ansioso, murmuró con voz queda y trémula:

—¿Quiéres?

Ella se estremeció también, separándose un poco de él con turbación instintiva, y bajó la cabeza sin contestar.

Aquella novia niña tenía el alma translúcida, no como un cristal, sino como el agua quieta; en sus ojos eran visibles las turbaciones de su alma, como las aguas de un lago rizadas por el viento. Por eso Juan pudo ver en aquellos ojos suyos un reflejo de su gloria, como vemos á veces temblar una estrella en el fondo de un remanso.

Y suplicó:

—¡Yo que te quiero más que á mi vida!  
¿Por qué te apartas? ¿Es que no crees en mí?...

Y como viera que ella seguía temblando,

sin contestar, añadió traidoramente, fingiendo pena:

—¡Dudar tú de mí, Carmen; de mí, que te quiero más que á mi vida!...

Y luego, con un falso ímpetu de queja desesperada:

—¡Mañana has de ver lo que yo hago para probarte lo que te quiero!

—¿Mañana?—replicó ella, sin darse cuenta, como volviendo de un sueño...

—¡Oh, no; no hagas nada mañana!—agregó anhelante, como sobrecogida ante la inminencia de un riesgo.

Y cerrando los ojos, se inclinó hacia él y le presentó, sumisa, los labios entreabiertos y temblorosos, y en ellos toda su alma...

Nada humano turbaba el reposo de la noche. La luna, luciendo en el azul diáfano del cielo, esparcía sobre la tierra su luz purísima, protectora y purísima como la luz de unos ojos maternales. La tenue y fresca brisa, remisa y susurrante, mecía y acariciaba las plantas con desmayado rumor de suspiros. El mar, á lo lejos, bañaba la playa con ahogados arru-

llos de caricia desfallecida. Las flores, humedecidas de rocío, se desvanecían en perfumes. Un ruiseñor cantaba en el tilo...

Mientras la Naturaleza duerme en el enervamiento que sucede á los desgastes de la bacanal diaria, el alma de las cosas despierta de su letargo, se expansiona en íntimo y reconcentrado arrobamiento, se extremece en transporte rumoroso de ideales armonías, se exhala, esparciéndose, en efluvios luminosos y aromados, y aroma, luz, ensueño y melodía, el alma de las cosas, por ley de levedad, ledamente asciende al cielo, hacia su centro natural, en himno embriagado de paz, de ventura, de gloria, de amor... ¡de amor, que es el alma de todas las cosas!...

Y para unir su alma á aquel concierto sublime y misterioso, ofrendando la esencia de la suya en un beso silencioso y efusivo, Carmen no necesitaba premiar proezas: ¡le bastaba saber besar con el alma!...

## VII

Juan se despidió de su novia hasta el día siguiente, estrechándose ambos las manos á través de la reja y diciéndose adiós tantas veces, que parecía que se separaban para una larga ausencia; y él emprendió la vuelta al pueblo.

Era muy tarde. Al bajar por la senda bordeada de naranjos, palmeras y limoneros que conduce á la Atalaya, Juan tenía frente á sus ojos la llanada vasta y ondulante del mar, que, bajo la luna llena, parecía de plata en ebullición. Y algunas barcas veleras que en aquel momento tomaban rumbo hacia el horizonte, destacándose blancas en el fondo azul del cielo, como visiones de ángeles cristianos bogando por lo infinito, al hundir sus remos en el agua levantaban regueros de luz, como si fueran ángeles ó almas de niños que por juego removieran plata líquida en los mares de ensueño del misterio de los cielos.

Juan caminaba por la senda verdeante, in-

sensible á aquellos tesoros del mar; porque la luz y la paz de aquella noche las llevaba él en el alma, y para ver el mayor tesoro que puede brindar la vida, la alegría, no tenía mas que asomarse á sí mismo.

¡Oh, privilegio de dichosos, que sólo alcanzan algunos potentados de la vida, sobre el brillo de los emperadores y sobre la gloria de los genios y los héroes! En el alma de Juan no podría ya tender jamás el dolor sus tinieblas sin horizontes, porque una mujer había puesto en ella la luz de un beso eterno.

Pero una leve y vaga inquietud le desasosegaba á veces el corazón, del mismo modo que inquieta á veces á los superticiosos el rumor de un insecto... Y Juan, para ahuyentar de sí aquella inquietud de mal agüero, silbó un pasodoble, alegre y rápido, y estiró las piernas á compás, haciendo su camino á la carrera.

De pronto, Juan se detuvo. Algo le rebosaba en el corazón. Se llevó ambas manos á la boca y se las besó con fruición. Luego, levantó las manos al cielo y exclamó con fervor:

—¡Bendita seas!

Si alguien desde la linde de un huerto hubiera visto á Juan ¡cómo le habría compadecido!

—¡Ese pobre muchacho está loco!

Y lo estaba. ¡Pero loco de alegría, Señor!

Si aquel «¡Bendita seas!» que Juan dejó escapar al cielo llegó, con vuelo de paloma mensajera, á los oídos del buen Dios que ama á sus criaturas, de seguro el regocijo inundó el corazón del Padre; porque la única oración grata para el Dios bueno es que sus criaturas bendigan su obra con toda la alegría rebosante de sus almas, no que le ofrenden bárbaras congojas de pavor y tortura.

Juan hizo una pirueta de burla, soltó la carcajada, riéndose de sí mismo, y silbando de nuevo, siguió su camino.

Al llegar á su casa, abrió con cuidado la puerta de la calle, volvió á cerrarla en silencio, subió á tientas la escalera, cruzó la cocina cautelosamente, entró en su alcoba y se dispuso á acostarse á oscuras.

Una voz dulce y trémula que salió del fondo de otra habitación más interior, preguntó:

—¿Eres tú, Juan?

—Si, madre. ¿No duermes?

—Estoy despierta, esperándote.

—¿Para qué?

—Para verte.

—¿Para verme á estas horas?—respondió Juan con acento de reproche—Bien podías dormir y no buscarte cuidados...

—Anda, hijo; enciende luz y pasa.

Mientras Juan obedecía, encendiendo una cerilla y yendo á buscar el velón á una mesa próxima, rezongaba cariñosamente:

—Eso es; ponga usted cuidado en no despertar á la madre, y la madre, que debiera estar á estas horas soñando cosas buenas, desvelada y esperando al hijo...

La madre reía en el lecho, con una risita cascada, que temblaba de ternura. Era ya una anciana, y él, último vástago de la que en su juventud fué árbol frondoso. Tuvo muchos hijos, y todos habían muerto, menos Juan, el Benjamín de la casa.

Cuando cinco años antes á éste le tocó en suerte ser soldado, vivía aún Pedro, un her-

mano mayor de Juan. Los dos hijos eran dichosos con su madre, á la que adoraban, disfrutando juntos de un modesto bienestar. La anciana quiso á toda costa malvender un huerto para librar al hijo de quintas, pero él se opuso tenazmente. Aquel gasto enorme comprometía el capital de la familia y era un peligro para el reposo de la vejez de la anciana. Juan fué soldado y lo llevaron á Cuba.

Pero á poco de llegar él á la isla, Pedro, el hermano mayor, murió en el pueblo. Desde entonces á la anciana sólo le alentó una esperanza para no morir: que su Juan volviera, ver á su Juan. Y si el buen Dios quería colmarla de mercedes, ella no quería mas que ver á su Juan dichoso y reposar en seguida para siempre con los otros pedazos de su alma, que se le fueron yendo del mundo para no volver.

Juan entró en la alcoba de su madre con el velón en la mano, dejó éste sobre una consola antigua y se sentó á la cabecera del lecho de ella. La alcoba, como la casa toda, resplandecía con ese lujo de los pobres, la limpieza,

más grata al alma que todas las muelles comodidades que el oro alquila al cuerpo.

—Ea; á ver lo que quieres á estas horas— empezó Juan.

La madre le miraba sonriendo, sin contestar.

—¿Vienes de ver á Carmen?

—¡Claro!

—¿Y qué te ha dicho?

—¡Caramba! Muchas cosas.

—¿Te ha dicho que te quiere mucho?

Juan se echó á reír.

—Vaya, madre; estás de buen humor...

—Esa niña es un tesoro, Juan. Me gusta tanto como no me gustan su madre y su hermana... Pero en cuanto os caséis, ella y tú, aquí, conmigo, y nada tenemos que ver con su familia.

—Sí, madre.

—Tú no regatees con la «señá» Angustias por cuestión de intereses, ¿eh? Si ella quiere mejorar á Rosario, bueno. A tí, con tal de que te de á Carmen, ya te puedes dar por satisfecho.

—¡Oh, madre!

—Oye: ¿y no habrá medio de que adelanteis un poco la boda?... Porque tú, ya sabes: hasta que os vea casados, no me muero tranquila.

—No, madre; hasta dentro de dos meses no puede ser la boda.

—¡Ay, Juan!—suspiró la anciana—¡Mira que si yo no me muriera hasta ver un nietecillo!...

Juan volvió á reirse con toda su alma.

—¡Pues no que no, madre! Le diré á Carmen que se dé prisa...

—Hijo mío—volvió á suspirar la anciana—estoy triste.

—¡Triste! ¿Por qué?

—Esa fiesta de mañana...

—Vaya; ya volvemos al tema otra vez. Entre Carmen y tú me vais á dar el día—replicó Juan incomodado.

—Es que con los toros hay peligro, Juan. Y sería horrible que lo que no pasó en Cuba...

—¡Vamos, no digas cosas, madre! Es mu-

cho cuento que yo no pueda hacer sin peligro lo que hacen por diversión los demás.

—¿Pero qué necesidad había de que te comprometieras con Paco?... ¿No nos has hecho sufrir bastante á Carmen y á mí cuando estabas en la guerra?...

—Madre, no tienes razón. ¿Cómo había yo de negarme á tomar parte en una fiesta que otro da en honor de mi novia?... ¿Quiéres que deje á otro que festeje á Carmen en mi lugar?... ¿Es que yo no soy hombre, ó soy un pingajo?...

—¡Bien, hijo, bien! ¡No te incomodes, por Dios! Haz lo que quieras...

Juan besó á su madre, pasó á su cuarto y se acostó, apagando la luz.

Transcurrió un rato en silencio, sin que nada se percibiera en la obscuridad.

De pronto, Juan se incorporó vivamente:

—¡Madre! ¿Lloras?

A través de la puerta se dejó oír la risita cascada de la anciana.

—¡Quiá, hijo! Es que no tengo sueño y estoy rezando...

Y se mordió los labios.

Juan dió un suspiro, volvió á reclinar la cabeza sobre la almohada, y á poco, se quedó dormido.

## VIII

Despuntó el día con un amanecer espléndido. Atalaya del Mar fué sorprendida en su sueño por el escándalo argentino y detonante de las campanas de la iglesia echadas á vuelo y de enormes cohetes estallando en el aire. Se diría que las campanas volteaban agitadas por un viento de tempestad, cargado de truenos.

Una bandada de gaviotas tendió el vuelo mar adentro, salpicando de nubecitas blancas el espacio azul. Los huéspedes siniestros del torreón del antiguo castillo roquero batieron sus alas, describiendo en el espacio negros círculos y graznando con alarma lúgubre. Los gorriones que anidan en la torre de la iglesia volaron en bandadas hacia los huertos próximos, con alegre algarabía. Y los hijos de Atalaya del Mar se despertaron en sus lechos.

Al mismo tiempo, á la entrada oriental del pueblo resonaron los primeros acordes callejeros de un fandango, entonado por una docena de guitarras y bandurrias, briosamente tañidas, y una voz clara y vibrante dominó el alboroto de las campanas y el tumulto del mar, destacando en el aire una copla gitana. Los hijos de Atalaya del Mar saltaron de sus lechos.

Los que empezaban la fiesta tan de mañana eran una docena de mozos endomingados, al frente de los cuales iban Paco y Juan, que se proponían saludar á sus novias á la aurora, acompañarlas luego á misa, festejadas con su música y sus cantos, y devolverlas después á su casa con la misma escolta. Idea galante y bizarra, de las que suelen surgir espontáneas entre la gente del pueblo andaluz, y que hacen pensar á veces de los hijos de Andalucía que todos ellos, aun los más toscos, tienen algo de príncipes y de poetas, acaso por altivo atavismo de la grandeza mora.

La rondalla se había organizado en casa de Paco, á la entrada del pueblo, y el que cantaba era Juan: Juan, aquel pobre muchacho, novio

de Carmen, que era un infeliz completo, según se sabía de cierto en todo el pueblo; pero ¡cómo cantaba! Su voz clara, llena, estremecida á veces con dejos dolientes y extraños, llevaba á los corazones un cálido escalofrío turbador, que sacudía y exaltaba á las gentes...

Al paso de los mozos por la larga calle de Atalaya del Mar, muchos rostros soñolientos y curiosos asomaban á las ventanas y á los balcones, y se cruzaban saludos:

—¡Buenos días, muchachos!

—¡Viva tu madre, Juanillo!

Juan, que rara vez cantaba, por humildad suya, que rehuía todo pretexto de ser el blanco de la atención general, aquella mañana se había levantado cantor y cantaba como un pájaro enamorado: por ansia de cantar.

Cuando los mozos dejaron el pueblo para tomar la senda que conduce á la casa de las dos hermanas, Rafaelito Sandunga, que era de la partida como maestro tañedor de guitarra, tuvo una frase de atalayense experto:

—Ya hemos dejado alborotado el gallinero.

Llegaron los mozos ante el emparrado que

adosela la puerta de entrada de la casa de las novias festejadas y en una ventana alta, engalanada de pámpanos y racimos trepadores, se dejaron entrever dos rostros risueños, bellos y tímidos, que se asomaban al día con ingénua faz de sueño.

Sandunga dejó de rasguear la guitarra para levantar el brazo hacia la aparición:

—¡Mirar que dos luceros le han salido á la mañana!

Y luego con ponderación de asombro:

—¡Pero qué *tía*... hasta por la mañana!  
¡A Dios le quita el hipo!

Las risas subieron á la ventana con alado atrevimiento y los rostros risueños se esquivaron un momento, avergonzados.

Paco cantó primero con su voz dura, imperiosa y retadora. Paco cantaba con brío varonil, y gustaba verlo cantar, pero no agradaba oírlo.

—¡Olé!—le gritó Rosario, enviando un beso con los ojos al buen mozo.

Luego cantó Juan, como él sabía. Pero Carmen fué la única que no aplaudió. Carmen

no podía oír cantar á su novio sin que le temblaran los labios. En cambio le pagó con los ojos: los ojos de Carmen y los de Juan, reflejando inconscientemente la llama en que ardían sus almas, se besaban siempre al mirarse.

Salió la «señá» Angustias á medio vestir bajo el emparrado donde estaban los mozos, y las caritas de la ventana desaparecieron cautelosas.

—Buenos días, hijos míos.

—¡Buenos días, *mare* bendita!—saludó el carnicero.

La «señá» Angustias sostenía en una mano una gran fuente de garbanzos torraos y en la otra traía un jarro lleno de aguardiente, que colocó en el suelo.

—Vaya, para que toméis la mañana, hijos. Sacad sillas y comed y bebed, mientras las niñas y yo nos vestimos para ir á misa.

—¡Olé el rumbo de la madre de Dios!—vociferó conmovido Sandunga, que sentía debilidad por el aguardiente.

Y luego, en tono reposado y confidencial:

—Pero usted, dale que dale, matrona; cada día que pasa, usted más guapa.

—Siento no poder decirte otro tanto, hijo mio—replicó ella con acento dolorido.

Hubo una explosión de risas. Porque es de saber que el pobre Sandunga tenía una nariz de perro dogo, alevosamente complicada con un ojo vano y el labio inferior partido, por lo que parecía una caricatura en acción, un chiste vivo y cruel. Lo que no impedía que el hombre «se trajera sus cositas con las hembras», por sandunguero y picarón...

A aquella hora temprana las casas todas de Atalaya del Mar olían ya á romero, á membrillo y á mejorana, porque sus moradores removían el fondo de las arcas, sacando los trapitos de fiesta. Y es muy de notar que aquella mañana todas las mozas del pueblo trajían cantando, por lo que era preciso haber nacido en Atalaya del Mar para no perder la cabeza entre aquella atronadora algarabía.

Cuando las campanas jadeantes, como pájaros locos, dieron el último aviso á los devotos hijos de la Atalaya, la «señá» Angu tias

se presentó en el umbral de su casa, seguida de sus hijas. Un chaparrón de dichos galantes las acogió, y escoltadas por los mozos, se dirigieron á la iglesia, que está situada, como casi todas las iglesias, en la plaza del pueblo, ejerciendo su misión de vigilante de consumos de las almas...

—*En el nombre del Padre...*—pronunció la «señá» Angustias gravemente, deteniendo á todos con un ademán...

Atalaya del Mar reía en aquel momento, palpitante de delicia, al primer halago del sol de la mañana. Eterno Júpiter triunfante, señor de la vida, el sol asaltó el torreón del antiguo castillo con un haz de saetas, y luego tendió los rayos de su cabellera por el mar y los campos en lluvia desmelenada de oro fecundo.

—*En el nombre del Padre...*—repitieron todos.

Y los hombres alzaron al cielo sus sombreros saludando al padre sol. ¡Rito milenario de la sagrada religión de la vida, que muchos campesinos andaluces practican todavía con devoción pagana!



La entrada en el pueblo fué triunfal. Como se echan palomas y flores sobre una imagen cuando sale en procesión, así llovían aplausos, bendiciones y ¡olé! sobre la novia de Paco, la bella moza, orgullo de Atalaya del Mar. Ella, que lo sabía, iba deslumbrante de hermosura y de vanidad, llenando la calle con su presencia, «más preciosa que el Gallo y más torera que San Pedro Apóstol», según la típica expresión de Sandunga, que tenía un acierto singular en las comparaciones. La «señá» Angustias erguía el abdomen é hipaba de orgullo maternal; y Carmen, de la que nadie hacía caso, sonreía también satisfecha de que fuera su hermana aquella que merecía tantos homenajes.

La iglesia estaba espléndida de luces y de flores. Todos los huertos de la Atalaya habían sido devastados para engalanar la imagen de la Virgen del Mar. Y pronto rebosó de gente la amplia nave y se encendieron de devoción los corazones.

Camenzó la misa, larga, solemne... bien pagada. Y hasta los hombres escucharon con

devota seriedad. Porque una cosa es renegar de Dios y de su madre cuando las barcas vuelven de vacío al puerto, ó el copo se rompe, ó el mar se muestra hostil, y otra cosa la devoción de los atalayenses á la Virgen del Mar. Ya puede ser Dios un sér fantástico ó cruel, al decir de los herejes, y la Macarena y la Virgen de las Angustias y la del Pilar unas vírgenes cualesquiera, pero no digais nada irrespetuoso en la Atalaya de la Virgen del Mar, porque os exponéis á que os rajen de una puñalada.

Al terminar la misa se formó un gran grupo con la «señá» Angustias y sus hijas, Paco, Juan, los mozos de la parranda y otros mozos y mozas del pueblo, y se dirigieron todos á la plaza y luego á la playa, á ver los preparativos hechos para las fiestas de la tarde y de la noche.

Las dos únicas bocascalles que daban acceso á la plaza habían sido cubiertas con tablo-nes bien sujetos y trabados, dejando sólo dos pequeñas aberturas para la circulación de la gente, que luego habían de ser también cubiertas, cuando comenzara la lidia. Unos troncos clavados en el suelo, cerca de las paredes

servían de burladeros. Y los balcones, ventanas y azoteas de las casas habían sido cubiertos de toldos multicolores—mantas, colchas y mantones, en confusión pintoresca—para defender á los espectadores de las caricias del sol.

De la plaza se trasladó el cortejo á la playa. Allí, Juan había hecho construir un lindo y rústico pabellón, con tablas cubiertas de follaje, engalanado de flores y gallardetes y dispuesto con farolillos á la veneciana, para el baile que se había de celebrar á la noche.

Rafaelito Sandunga resumió la opinión de todos:

—Este Juanillo no sirve mas que para cantar como Dios; pero tiene «idea»... ¡Esto ha quedado como para que venga aquí el arzobispo y se baile un fandango conmigol...

Alguien propuso estrenar el pabellón en el acto; pero la «señá» Angustias se opuso con indignación:

—¡No; cada cosa á su tiempo! Ahora, á almorzar; después á los toros, luego, al baile.

—Esta barbiana—refunfuñó Sandunga—debe tener gana, ó debe apretarle el corsé.

Desfilaron á lo largo de la playa. A ruegos de todos, Juan cantó á compás de las guitarras y bandurrias y á coro con el bravío clamor del mar. Su voz tuvo tan extrañas modulaciones de ternura y de dolor—¡ecos inconscientes del eterno lamento humano con que la tierra implora en vano al cielo!—que todos los corazones se sintieron crispados y sacudidos por una inexplicable emoción... Carmen se echó á llorar.

—¡Qué tonta ha parido á esta chiquilla su madre!—exclamó indignada la «señá» Angustias.—Vámonos á almorzar ahora mismo...

Paco, Juan y los mozos de la parranda las acompañaron hasta su casa, y luego regresaron al pueblo á buscar el almuerzo y á prepararse para la fiesta de la tarde...

En el cielo de Atalaya del Mar irradiaba el azul, claro y profundo, sin una nube.

## IX

Por fin había llegado la hora. Eran las tres de la tarde del día festejado. El sol brillaba

radiante en el desvanecido cielo, y su fuego, llameando en el aire, abrasaba la tierra, que parecía una inmensa pira, donde, yaciendo aletargada y aterida el alma de las cosas, las cosas ardían y se derretían en holocausto al amor del tirano, que, con sus caricias brutales, las quema y las consume. Y sus esplendorosas llamaradas se reflejaban en la tersura dilatada y ondulante del mar, arrancándole vivísimos centellos, deslumbradores y fantásticos, como si fuera un cristal móvil que reflejara un incendio...

Nadie conservaba ya ni aun el recuerdo de la función celebrada aquella mañana en honor de la Virgen del Mar. El pueblo en masa chillona y delirante—hombres, mujeres, viejos y niños—se aglomeraba estrujándose, deslumbrado, sudoroso, cocido y asfixiado, bajo los toldos multicolores que cubrían las ventanas, balcones, azoteas y terrados que dan á la espaciosa plaza pública de Atalaya del Mar, en donde iba á celebrarse la fiesta por antonomasia, «la fiesta de la alegría», la fiesta de los toros...

El gran Rafaelito Sandunga, que se calen-

taba con vino porque estaba... ¡yerto!, vociferó esta frase sublime:

— ¡Enciende una vela, Matias, que nos vamos á quedar á obscuras!...

Una música acometió enérgicamente una danza castiza, que alborotó los corazones.

La fiesta iba á empezar. Y aquellos típicos costeños andaluces, en los que late toda el alma de Andalucía, alma tan loca en sus alegrías como romántica en sus tristezas; febril é indolente, fogosa y tierna, esforzada y buena, burlesca y candorosa, fatalista y cristiana; como si en sus ruidosas alegrías palpitará todo el fuego tormentoso de sus días de sol, y en sus refinadas tristezas toda la dulce y profunda melancolía de sus plácidas noches de luna; aquella gente, borracha de sol y de vino, en medio de un relampagueo cegador de miradas de fuego y colores en llama, cantaba, gesticulaba, vociferaba, reía á carcajadas y bailaba en las apreturas... ¡Qué bella alegría!

Aparecieron—¡al fin!—las cuadrillas al frente de las cuales iban Paco y Juan, que fueron recibidos con aplausos frenéticos, gri-

tos desaforados y golpes de música wagneriana. Ambos mozos se dirigen, erguidos y sonrientes, al pie de la amplia azotea, enguirnaldada de flores y entoldada de blanco como una tienda árabe, donde estaban, con su madre, Rosario y Carmen presidiendo el espectáculo. Saludan ante ellas.

—¡Bravo! ¡Olé los hombres! ¡Vivan los *tíos* toreros!

Redoblan los aplausos y las aclamaciones. Rosario les contesta sonriendo con altivez de reina. Su madre les grita enterrecida:

—¡Vamos á ver los riñones de los hombres, hijos míos!

Y Carmen tiembla.

—Ya está temblando esta «sin gracia»— dice su madre.

Sale mugiendo un toro grandullón, y á sus mugidos contesta la muchedumbre con un aullido unánime, que detiene á la fiera un instante, acaso sorprendida, creyendo encontrarse, acaso, en medio de los selváticos riesgos de su dehesa. Alcanza á un mozo en la primera

furiosa acometida y lo cornea «aparatosamente».

—¡Le ha roto una costilla! — gritan algunos.

—¿Nada más?...

—¡Adelante!

El resto de la lidia hasta que Paco empuña «los trastos» no tiene «lance»: no se rompe nadie nada...

El carnicero Sandunga, que al decir de los maldicientes no se atreve á acercarse á los toros mas que cuando se los llevan á su tienda descuartizados para la venta, ejerce de maestro, de oráculo, de pontífice, clasificando á gritos todos los lances de la lidia y dando su aprobación ó su desaprobación como un César romano.

Brinda Paco, «con elocuencia», ante su novia:

—¡Por lo que tú sabes, para esta noche en el baile!

Y se va hacia el toro, decidido á poner de manifiesto los riñones que posee...

—¡Ten cuidado; mira que ese bruto es un

traidor que no va á querer dejarse matar! —le grita un amigo.

—¡Echale los riñones encima y aplástalo!  
—vocifera el carnicero.

Mas no hay cuidado: con Paco no hay quien pueda, ni hay quien le gane á nada. «Sin cuadrar, se perfila, lía, apunta...». Todos los espectadores, como si á la vez les hubieran pinchado con un alfiler en un mismo sitio, se levantan á un tiempo y quieren impedir la temeridad de aquel valiente, temiendo que les agüe la fiesta.

—¡No, no! —le gritan.

Pero Paco no hace caso y «se deja caer»...

¡María Santísima, qué estocada y qué explosión de entusiasmo la de la multitud al ver rodar al toro «hecho cisco»! ¡Qué hermosura! ¡Qué grandeza!

Una estruendosa ovación estalla glorificando la hazaña del héroe. La música se desata en una marcha triunfal. Rafaelito Sandunga bufa bendiciones á la madre del «guapo», llorando de entusiasmo alcohólico. Una morena de ojos negros, le arroja su pañuelo, su man-

tón, su abanico...; más prendas no pudo arrojarle, á no ser que se hubiera arrojado ella misma. Otra, pálida rubia, de ojos azules, le arroja también su pañuelo, su mantón, su abanico... y le hubiera arrojado hasta su vestido escarlata, guarnecido de negros alamares, si no le hubiera dado vergüenza á su madre, que estaba á su lado.

Y así como los hombres, rojos de ardor selvático bajo aquel sol que hace hervir el vino dentro de los cuerpos como en una olla, gritaban como energúmenos, aplaudían con frenesí y tiraban cigarros, botas de vino y prendas de vestir, las bellas miraban con entusiasmo, aclamaban con dulces suspiros y echaban á los pies del valiente las flores que adornaban sus pechos conmovidos, cachitos de sus almas...

¡Qué triunfo! El vencedor, con todos aquellos trofeos de su victoria, se adelanta orgulloso hacia la azotea á rendirlos caballerescamente á las plantas de su amada, que le espera de pie, roja de orgullo y de pasión sublimes, radiante de hermosura y de delicia... Sin poder hablar, Rosario le arroja como premio una rosa mar-

chitada con su aliento, que antes llevó prendida junto á su corazón... Su madre, sin poderse contener, le grita conmovida:

—¡Para eso he parido yo, hijo mío: para hombres!

Y sólo Carmen—¡la ridícula pobrecilla!— se ahoga... ¡Ridícula pobrecilla, que no comprende tanta hermosura y se ahoga entre tanta grandezal...

### VIII

El segundo toro, grande como el otro y más noble y bravo, está en la plaza. Juan lo torea animoso, resistiendo intrépidamente el chaparrón musical desatado en su honor, sin atreverse á mirar á su novia: no quiere ver la palidez de su rostro, ni las angustiadas miradas de sus ojos suplicantes.

Pero cuando llegó la hora de matar, después que el toro fué lidiado con lucimiento que mantuvo, sin decaer, el entusiasmo delirante de aquellas buenas gentes, Juan tuvo

que acercarse á ella para brindar y tuvo que mirarla. El terror y la angustia que vió en aquellos ojos, que eran su amor y su gloria, le turbaron. ¡Oh, puñal de dolor, ver temblar de miedo y de pena aquellos ojos de magia, hechos con azul de aurora y con resplandor de estrellas, frente á los cuales él se maravillaba como ante un milagro!... El brindis se heló en los labios de Juan, y pálido y tembloroso, se dirigió hacia la acosada fiera...

¡Qué vergüenza de hombre! En aquel suelo de brasas, bajo el incendio del sol, y azuzado por la ironía estruendosa de unos compases guerreros, al héroe de Cuba le temblaban las piernas, encorbaba el cuerpo, rehuía las acometidas con un miedo cerval... y los espectadores silbaban y protestaban airados, y las espectadoras reían con graciosas risitas burlonas...

El carnicero, poseído de vinosa indignación, babeaba suciedades contra la madre de Juan, la pobre anciana, que incapaz de morir-se de impaciencia, estaba allí, en una ventana de la plaza, muriéndose de pena... Rosario mi-

raba á su hermana con desdeñosa lástima triunfante, y á Carmen, que se moría, la consoló su madre diciendo con despecho:

—¡Ese *Juan Naguas* nos está poniendo en ridículol...

Como si Juan hubiera sentido en el corazón la punzada sangrienta de aquellas palabras, se irguió resuelto, se adelantó paso á paso hacia el toro, esperó á pie firme la feroz acometida, y «recibiendo», le hundió el estoque en el morrillo hasta la empuñadura...

Un grito de horror y de reproche se ahogó en la garganta de Carmen; otro grito de entusiasmo y de admiración se ahogó en las gargantas de los espectadores. Mientras el toro rodaba á sus pies, Juan se encogió horriblemente, llevándose ambas manos al costado izquierdo, del que brotó un raudal sangriento, y tambaleándose como un ébrio, fija la vista, dilatada y agónica, en los espantados ojos de Carmen, vino á desplomarse al pie de la azotea donde ella estaba... ¡sin poder pronunciar su nombre!...

¡Virgen del Mar! Un supremo grito desga-

rrado, que agonizó luego en un gemido, como se extingue en un lamento el estallido de las cuerdas de un arpa que rompe la tensión brutal, acalló los gritos de horror de la muchedumbre, y al mismo tiempo, el cuerpo sin alma de Carmen cayó de la azotea, como cosa inútil, y vino á descansar, estrellándose, sobre el cuerpo inanimado de Juan...

Cayó la pobre niña como un pájaro herido en las nubes. ¡Flor de amor tronchada sobre su tallo!... Antes de estrellarse en la tierra, ya la habían herido en el corazón. Abatió la cabeza, como un ala rota, y se desplomó muerta, sobre su amor muerto, confundándose la sangre de ambos en un mismo charco rojo, que reflejó el esplendor magnífico del cielo y grabó en todas las pupilas el horror de una llamareda roja sobre una pira sangrienta...

«La fiesta de la alegría» había terminado

Y mientras una pobre madre, anciana, lloraba en silencio y se consumía, abrazada al cuerpo de Juan, y otra madre lloraba á gritos á su hija y rechazaba á las personas piadosas que querían consolarla con un vaso de aguar-

diente...; mientras una hermana se ponía feos los negros ojos, llorando sin consuelo, y un amigo se hincaba las uñas, desconsolado, en el noble pecho...; mientras unos, hombres y mujeres, juntaban las manos y miraban al cielo, y otros, mujeres y hombres, borrachos de vino y de pena, lloraban, maldecían y llenaban el aire con sus alaridos y lo inficionaban con su apestoso dolor de rebaño ébrio... el carnicero del pueblo, rojo de vino y de salvaje entusiasmo, gritaba:

—¡Vivan las niñas que saben querer con agallas! ¡Así deben ser las hembras de los valientes!...

Mas consolémonos; Juan y Carmen no oían ni olían ya nada: ¡estaban bien muertos!

. . . . .  
. . . . .

## X

*Oración á la muerta.*

*¡Oh, alma, alma! ¡Carmen! ¡Pobre niña muerta! Pobre almita buena! ¡Que vivió en amor y murió de amor, siendo su vida como una llama, luz de otras vidas, hogar de las almas!...*

*Durante tus funerales, yo, tu poeta, cubriría de rosas la bóveda celeste en toda su inmensidad, poniendo al sol en el cénit... Y luego haría caer una lluvia de rosas sobre tu tumba, hasta formar un monte más alto que el Himalaya, que perfumara los cielos y la tierra...*

*¡Y todas las rosas del monte no olerían como tu alma!*

*Y entonces, yo diría:*

*«¡Oh, alma, alma!... ¡Alma niña!  
¡Flor de ensueño! ¡Mujer buena!... Bajo el sol, que ha alumbrado tus funerales*

*como una antorcha, el cielo ha derramado rosas de homenaje y de dolor sobre el vellón nevado y sangriento de tu cuerpo: ¡una rosa más, blanca y roja, entre la lluvia de tantas rosas!»*

*Y hé aquí de que modo la pobre niña muerta tendría una tumba digna de ella.*

.....

.....

## XI

A la noche siguiente, en la reja florida del huerto—en aquella misma reja florida del huerto donde por primera y última vez Carmen y Juan fundieron sus almas en un beso, que fué el de sus desposorios eternos—los otros novios, Rosario y Paco, lloraban y cuchicheaban quejumbrosamente, con la voz medrosa y ronca del remordimiento...

A Carmen y Juan los habían enterrado y reposaban ya bajo unos árboles, solos, muy

solos, sin ver á nadie, sin nadie verlos, ¡como á ella le gustaba, como él había soñado!... La madre de Juan agonizaba en su lecho...

Y mientras tanto, entre los sollozos y las quejas del bravo mozo y de la hembra altiva, sonaron besos... Y luego aplacaron las lágrimas... Y las lamentaciones se trocaron en gruñidos... Y redoblaron los besos, ardientes, voraces...

La luna se cubría de un velo de nubes negras, como si fuera una conciencia alevosa que quisiera ocultar un crimen... Silbaba el viento. El ruiseñor huyó del tilo. Y el mar azotaba la playa con furiosas embestidas de bestia encelada...

## XII

¡Oh, cuna florida, nidal de amores, pequeño paraíso de los hijos de Mahoma! En tu seno anidan las sierpes de la superstición y la barbarie, y su roña te roe.

Pero el mar seguirá avanzando sobre ti, lento é implacable, y concluirá por absorverte, anegándote en sus aguas claras, rugientes y bullidoras...

¡Y de este modo serás purificada, Atalaya del Mar!

FIN



# Cuentos



## MI PRIMERA HAZAÑA DE AMOR

Aquella mañana me llamó mi padre y me dijo, dándome un *cheque*:

—Toma: vé al Banco y cobra estas quinientas pesetas, que necesito con urgencia. Eres ya un hombre y creo que se puede confiar en ti...

Hice un gesto dignísimo, que, con el diccionario de la altivez en la mano, pudo traducirse de este modo arrogante:

—Usted me ofende, caballero.

Pedí á mi padre su cartera, porque en aquella época no concebía yo el dinero sin una cartera donde guardarlo; puse el *cheque* en ella, salí á la calle, corrí hacia el Banco é hice efectivas aquellas quinientas pesetas fa-

bulosas, ejecutando todas estas operaciones con gran serenidad y acierto.

Pero en aquel tiempo feliz tenían para mi tal prestigio los billetes de Banco, aun desconociendo practicamente su importancia en el mundo, que el contacto de aquellas quinientas pesetas me desvaneció, y tomé tales aires de superioridad desdeñosa, que las gentes me miraban con extrañeza. Realmente con mi sombrero en la coronilla, mi cigarro en la boca, mi aire resuelto, y silbando fuerte un *couplet* picaresco, debía tener una facha verdaderamente impertinente.

Convendréis conmigo, en efecto, que un hombre no tiene quinientas pesetas en el bolsillo sin ir á contárselo á su novia, cuando tiene novia, ó siquiera esperanzas de ella. Por eso encontraréis muy ordenado y natural que yo me encaminara hacia la calle donde vivía mi futura novia, *á dar un vistazo*, como decía yo por entonces en mi argot de galán. Desgraciadamente, hacia una mañana nublada y desapacible, y los balcones de mi joven prometida estaban cerrados, en contra de la

costumbre de los balcones hospitalarios de aquella casa.

Pero dicen que hay un Dios para los enamorados, y aunque á mí no me gusta ofender á Dios, es forzoso creerlo. Al llegar yo bajo los balcones, se presentaron de manos á boca en el portal, mi futura novia y su terrible madre, camino de la calle. Las dos me vieron á un tiempo, y mi prometida, que estaba encantadora con su gran trenza colgando y su faldita corta, me miró sonriendo, ruborizada y feliz, y se estiró cuanto pudo para parecer más alta. En cambio su madre, que estaba imponente, hizo un gesto desagradable, en el que pareció decir: «¡Ya está ahí ese mequetrefel!»

Me erguí sobre mis talones. ¡Si supiera esta buena señora que yo manejo dinero y que llevo quinientas pesetas en el bolsillo!

Mientras seguía los pasos de la señora y de su hija, esta idea llegó á ser en mi una verdadera obsesión. Bien sabe Dios que hubiera sido feliz si un ladrón me hubiera acometido, con tal de poder gritar con todos mis pulmones:

«¡Que me roban quinientas pesetas que llevo en el bolsillo!»

Pero la providencia vela siempre por los enamorados, como he tenido el consuelo de decir. Comenzó á llover con fuerza y la madre y la hija, mi bella prometida, se guarecieron en una tienda. Era una tienda de paraguas, donde exhibían también en el escaparate pipas, guantes, corbatas y otros objetos de lujo y fantasía. ¡Quedé extático ante aquel escaparate y me sentí acometido de una tentación infernal!—¡Si yo comprara una pipa!—me dije deslumbrado.

Porque comprar una pipa delante de ella y de su madre, era proclamarme hombre en alta voz, demostrando mi hombría de un modo indiscutible... ¡y lucir al mismo tiempo mis quinientas pesetas!...

La tentación era demasiado fuerte. Penetré resueltamente en la tienda, tosi dos veces y con voz recia y entera pedí á un dependiente:

—¡Una pipa de ámbar!

Miré de reojo á mi futura novia y ví que

me miraba con orgullo y con asombro. ¡Me crecieron alas!

El dependiente, con cierto tono de ironía que me hirió vivamente, preguntó:

—¿Quiere pipa de cigarro ó de puro?

Ante esta provocación respondí con audacia:

—Pipa de cigarro y de puro. ¡Juego completo!

Estaba tan seguro del efecto de mis palabras que no volví siquiera la cabeza para mirar á la madre y á la hija: sabía á qué atenerme.

El dependiente me sirvió una magnífica colección de pipas, entre las cuales elegí al momento las dos mayores; pero había otras, también grandes, pintorescas y caprichosas, y no me decidía en la elección. El dependiente aprovechó mis dudas para tentarme.

— Un joven elegante no tiene bastante con dos pipas para su servicio; porque hay pipas de casa y de sociedad, pipas de mañana y de tarde, pipas alegres y melancólicas...

Miré de reojo á mi futura novia y en sus ojos negros como la noche, lei una mirada

arrebataadora y elocuente, que me decía: «¡Lúcete!» «¡Deslumbra á mamá!» «¡Compra pipas!»

En aquel feliz momento me convencí plenamente de que no es posible la vida sin una gran colección de pipas. Perdí la cabeza.

—Póngame—ordené al dependiente—una colección completa de las pipas más selectas que posea la casa.

El dependiente se inclinó sonriendo servilmente. Miré á mi joven prometida y á mi futura suegra y por esta vez estoy seguro de no equivocarme: las dos me miraban estupefactas.

El dependiente amontonó pipas sobre pipas, formando una pirámide.

—¿Cuánto es esto?—pregunté desdeñosamente.

—Cuatrocientas setenta y cinco pesetas, último precio—contestó el dependiente.

Sin replicar, abrí la cartera, saqué los billetes, los extendí y dije:

—Cobre.

—Si quiere el *señor*—exclamó sorprendido y obsequioso el dependiente—todas las pipas

puedo colocarlas en una elegante caja y mandársela á casa. Eso no le costará más que veinticinco pesetas más.

—¿Veinticinco pesetas? Justamente eso es lo que yo necesito: una hermosa caja para mis pipas. Pero me la llevaré yo á casa...

—¿Y se va á molestar el *señor*?

—Sí; porque no estando yo en casa, tal vez mi papá no quiera recibirla...

El dependiente colocó, en efecto, primorosamente todas las pipas en una elegante caja y me la entregó. Eché una última mirada epopéyica sobre mi futura novia y su madre, que seguían mirándome con la boca abierta, tomé mi caja debajo del brazo y salí en actitud triunfal.

¡Ayl Pero al llegar á la calle, en cuanto me ví solo y el aire despejó mi frente, el suelo se estremeció bajo mis pies, las casas se bambolearon sobre mi cabeza amenazando aplastarme y se hizo noche para mis ojos.

. . . . .  
Tres horas después, despedido y hambriento, llegué á mi casa, donde mi padre, que

había mandado no se cuantos mensajeros á buscarme y empezaba á temer una desgracia, me esperaba muy alarmado. Por eso sus primeras preguntas estuvieron llenas de ansiedad.

—¿Qué es eso, hijo? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no has venido antes?

El más profundo silencio respondió por mi.

—¡Cómo! ¿Qué traes debajo del brazo?... ¿Es que has perdido las quinientas pesetas?

En medio de mi silencio empecé á temblar.

—Vamos, no te asustes... ¿Pero qué es eso que traes debajo del brazo?

Mi padre me quitó la elegante caja y la abrió.

—¡Demonio, cuántas pipas!—exclamó mi padre.

Pero de pronto me miró con espanto y sus labios empezaron á temblar como los míos:

—Oye: ¿pero es que te has gastado las quinientas pesetas en pipas?

Me tapé los ojos para no ver lo que un padre iba á hacer con su hijo, y comencé á llorar por mi propia suerte.

—¡Ah, miserable!—rugió mi padre, al

mismo tiempo que la primera pipa silbó en mi oído como una bala, acompañada del trueno de otra imprecación formidable.

Vi el chaparrón de pipas que amenazaba caer sobre mi cabeza y corri á refugiarme al lado de mi madre. Mi pobre madre me defendió de las iras de su esposo, el cual se encerró en su despacho, echó el cerrojo y me gritó á grandes voces:

— ¡Véte de casa y no te presentes á mí en mucho tiempo! ¡Que yo no te vea, miserable!

Mi padre, andando el tiempo, llegó á consolarse, porque se vió obligado á regalar tantas pipas á sus amigos, que adquirió cierta celebridad; pero fué hartó cruel conmigo en aquella ocasión mi buen padre no anticipándome el reposo de la tumba fría, por medio del asesinato. Porque después, ¡ay de mí! he comprado tantas pipas en mi vida por rendir corazones ingratos, que he perdido por completo la fe en las mujeres y en las pipas.

## LO AJENO

Dos jóvenes amigos, Catón y José María, pasean por una calle céntrica. De repente ven deslizarse un objeto hacia sus pies: es una cartera que ha caído de los bolsillos de un transeunte en el momento de emparejar con ellos. José María, con ademán felino, se arroja sobre ella y la guarda tranquilamente en su bolsillo, mientras el transeunte, sin darse cuenta de nada, prosigue su camino, adelantándose á los dos amigos.

CATÓN.—¿Qué es eso?

JOSÉ MARÍA.—Una cartera.

CATÓN.—¿Y te la guardas?

JOSÉ MARÍA.—Sí; es mía.

CATÓN.—¿Cómo tuya?

JOSÉ MARÍA.—Mía.

CATÓN.—¡Pero si se le ha caído de los bolsillos á ese caballero que va delante!

JOSÉ MARÍA.—¿Y qué?

CATÓN.—¡Que es de ese caballero!

JOSÉ MARÍA.—Cuando estaba en los bolsillos de ese que llamas tú su dueño, no dudo que fuera suya; pero ahora, que está en los míos, es mía.

CATÓN.—¡Supongo que bromeas! Llamaremos á ese caballero y le devolverás su cartera.

Los dos amigos están á la puerta de un café. José María empuja á Catón hacia adentro, con gesto resignado y melancólico:

JOSÉ MARÍA.—No me desconsueles, querido: entra.

CATÓN.—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

JOSÉ MARÍA.—Que siendo mi amigo no tienes derecho á inflingirme la pena de hacerme creer que eres un imbécil total... ¡Deja siquiera espacio en mi corazón á una esperanza!

Catón, aturdido y dominado, se deja conducir al interior del café. Ambos amigos toman asiento en un rincón apartado y solitario,

y José María saca la cartera y examina su contenido.

JOSÉ MARÍA.—Papeles y cartas. . No es delicado ni caballeroso sorprender los secretos ajenos; devolveré todo esto sin leerlo. Veamos el dinero. ¡Veinte duros! Poca cosa. Pero como del cielo no llueven pesetas, aunque se da el caso de que lluevan tejas, justo es que demos gracias al cielo por estos veinte duros... ¡Mozol Trae emparedados y champagne.

CATÓN.—Pero, amigo, ¡tú eres un caco consumado!

JOSÉ MARÍA.—¿Por qué no?

CATÓN.—¡José María!

JOSÉ MARÍA.—Sí; pero José María de mi tiempo: culto y hábil. Lo que no impide que yo ame lo ajeno con vehemencia, con pasión, con arrebató. ¿Lo tomas á mal?

CATÓN.—¡Hombre! Con franqueza: ¡me parece indecente!

JOSÉ MARÍA.—¡Bah, qué necesidad! ¿Qué sería de nosotros si no existiera lo ajeno? Los hombres tenemos nuestro ideal en los bolsillos del prójimo... Porque sin lo ajeno—perdona

la perogrullada—no existiría lo propio. Lo propio es una consecuencia de la existencia de lo ajeno, como existe la sombra por consecuencia de la luz y viceversa. Y si no, dime: ¿se cree nadie dueño de las fuentes públicas, de las piedras de los caminos, de la nieve de las montañas, de las aguas del mar, del calor del sol, de la luz de las estrellas ó del aire que respiramos? No; lo que todos poseemos no nos importa. Lo propio vive y se alimenta de lo ajeno, y el fin secreto de nuestros afanes está en nutrir los propios bolsillos con el lastre de los ajenos, aligerándolos de un peso molesto. ¿Qué se proponen todos los hombres en las distintas profesiones—comerciantes, artistas, políticos, rateros, sacerdotes, periodistas, militares, foragidos, médicos, abogados, obreros, propietarios, etc.,—qué se proponen en sus distintas profesiones? Entre otras cosas, primera y principalmente, ganar dinero. Pero el dinero que todos nos proponemos ganar, ¿dónde está sino en los bolsillos del prójimo?... Tú, abogado, ¿qué te proponías al estudiar tu carrera? Ni más ni menos que obtener un título

que te sirviera de ganzúa para penetrar impunemente en los bolsillos de tus clientes y desbaliarlos con toda comodidad. Pues esto sucede en todos los oficios, carreras y profesiones. Eso que llamamos pomposamente «lucha por la vida» no es ni más ni menos que la lucha por lo ajeno... ¡Mozo, más champagnel

CATÓN.—Está muy bien, amigo: todos luchamos por el dinero; pero tú eres un hombre sin moralidad y ofendes la honradez humana confundiendo lastimosamente los medios de conquistarlo. Cuando el dinero se gana por medio del trabajo, es lícito y justo obtenerlo; pero no cuando se roba.

José María sonreía burlonamente.

JOSÉ MARÍA.—¿Pero, es que el que roba no trabaja? ¿Crees tú que hay otra profesión en que se necesite gastar más esfuerzo y más inteligencia, que en la de robar ilegal é impunemente?

CATÓN.—¡Déjame de argucias! Ganar dinero lícitamente es honrado, justo y natural; ganarlo robando es un crimen.

José María seguía sonriendo.

JOSÉ MARÍA.—¿Y qué entiendes tú por robo?

CATÓN.—¡Pardiez! Apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

José María dió franca expansión á su regocijo.

JOSÉ MARÍA.—¿Pero tú crees, alma inocente, que hay alguien que suelte el dinero por su propia voluntad? Cuando pagamos al sastre, al casero, al recaudador, al boticario, al dentista, al tendero, ó cuando nos acosa un acreedor, ó cuando liquidamos un entierro, ó cuando nos parten por el eje con una multa ó un arbitrio nuevo, ó nos endosan las costas de un juicio, ¿crees tú que soltamos el dinero por nuestro gusto? ¡Del mismo modo que cuando nos exigen la bolsa ó la vida con un trabuco! Pagamos porque no hay más remedio, para defender el pellejo y seguir viviendo; que si no...

CATÓN.—¡Demonio!

JOSÉ MARÍA.—Creeme, querido; el ideal humano es desbalijar los bolsillos del prójimo, apoderándose de lo ajeno con perfecta impuni-

dad... para lo cual es preciso excluir únicamente los medios inhábiles y débilmente violentos, porque son estúpidos y contraproducentes...

CATÓN.—¡Qué teorías, amigo!

JOSÉ MARÍA.—¿Teorías?.. Eres un imbécil, Catón... ¡Un imbécil inestimable para la conservación del orden social, querido; no te enfades! Porque sin corderos como tú, la broma sería un poco trágica... La vida no tiene mas objeto que robarnos los unos á los otros lo que es de todos... Y lo legal es lo hábil y lo impuesto por la fuerza... De tal modo, que el delito sólo existe en la torpeza y en la pequeña violencia; porque, cuando la violencia es grande, el robo se llama victoria, conquista, ¡gloria!.. ¡Mozo, más champagne!

CATÓN.—¡Hombre! Me parece ya mucho champagne.

JOSÉ MARÍA.—Qué ¿no te gusta?

CATÓN.—Al contrario; es que le temo, porque me seduce demasiado...

JOSÉ MARÍA.—¿Y no te sabe amargo el vil champagne sabiendo que va á ser pagado con

---

el producto nefando de los veinte duros miserablemente robados?...

Los dos endiablados jóvenes se miraron en silencio, alzaron las copas en alto y prorrumpieron en una larga carcajada unísona.

UN VIENTECILLO SUAVE Y JUGUETÓN...

La anciana temblaba en la fría soledad de la estancia, de un frío que sentía en las entrañas: ¡en aquellas entrañas pródigas, hoguera á cuyo amor se habían cobijado de las inclemencias de la vida muchos seres de su carne!; y traginaba azorada, trémula, mirando sin ver con sus ojos llorosos y angustiados...

Y sin embargo: nada es milagro en amor, si la que ama es una madre: la anciana había sabido sobreponerse al frío pavor de sus presentimientos, dando serenidad previsorá á su pobre espíritu, conturbado bajo la siniestra amenaza de un obscuro peligro en acecho; había sabido arbitrarse recursos—que no le ofrecía su casucha misérrima, más bien madri-

guera que hogar—para proporcionar á su hijo algo que pudiera servirle, sin cansar demasiado sus espaldas, en el largo viaje que iba á emprender aquella misma noche.

Porque él—único amparo y amor postrero de su vida, como el último renuevo que da savia y sostén á un árbol viejo—él iba á abandonarla para siempre, por no sé qué amores ambiciosos de otra mujer; iba á abandonarla para marcharse lejos, á América, «¡al otro mundo!»—como ella repetía á cada paso con obsesión muda y ahogado suspiro, cual si aquellas palabras, voz agorera de sus presentimientos, fueran las que paralizaran su sangre, crispaban sus huesos y recorrieran sus entrañas con un soplo de frío;... de un frío como aquel vientecillo sutil que erizó los cabellos de Job en la ceniza de su cabeza penitente.

Y acababa de preparar el hatillo de su hijo, con mano trémula y solicitud gozosa. ¡Qué sorpresa para el hijo que la abandonaba, cuando él viera en su mochila aquellas provisiones de señor—jamón, queso, pan blanco y una botella de vino—que ella había mendigado en

secretol Sólo de pensar en la alegre sorpresa del mozo ingrato y acaso, acaso, en el recuerdo cariñoso que él dedicaría al descubrir el ignorado sacrificio de su madre, la buena mujer se regocijaba de haberse humillado á pordiosear, por primera vez en su vida, haciendo traición bochornosa al recuerdo altivo y venerado de otros tiempos de su vida, que fueron laboriosos y holgados para ella y los suyos. Obsesionada— ¡aquel frío que la infeliz sentía en las entrañas!—con que aquel era el último servicio que podría prestar á su hijo, la anciana había puesto en él toda su ternura sin esperanza, como si al prepararle el hatillo le hubiera preparado la mortaja.

Al terminar, rendida al escaso esfuerzo y á la pesadumbre abrumadora, se apoyó de bruces en la abierta ventana, de cara á la obscura calleja por donde había de llegar el hijo, como si pretendiera atemperar con el frío de la noche el frío turbador de su alma.

La luna se perfilaba en la lejanía fronteriza, reververando en la móvil superficie del mar y en las nevadas cimeras de la montaña, de-

jando en la sombra el valle y la aldea; y el viento—un vientecillo sutil, que soplaba en ráfagas frías, suaves y juguetonas—saltando caprichosamente de un lado á otro, ya dejaba oír el ronco mugido de un torrente que se despeñaba al pie de la montaña, como la amenaza de un monstruo prisionero en la sombra, ya alegres rumores de fiesta, que el eco aguzaba, enronquecía ó dilataba, dándoles resonancias insolentes, burlescas ó trémulas.

Aquellos desacordes rumores que el eco vicinglero llevó á los oídos de la anciana vinieron á despertarla de su glacial estupor, para sacudirla con un nuevo escalofrío.

La aldea en masa, congregada en la plaza pública, en torno á enorme hoguera, celebraba la fiesta de un día señalado; y aquellas detonantes expansiones de regocijo aldeano, llegadas á ella en momentos en que su hijo se despedía de la mujer codiciosa por quien se espatriaba, y ella, allí, sola, ¡cómo había de quedar para siempre en su vejez desvalida!, lo esperaba, para despedirlo también, vinieron á evocar en ella memorias placenteras de días, constan-

temente suspirados, en que fué muy dichosa con el amor y el bienestar de los suyos...

¡Por eso aquellos rumores de la aldea en fiesta, llevados á ella por un vientecillo juguetón, avivaron su dolor!...: como el viento mismo aviva la hoguera, aunque sople en ráfagas suaves y embalsamadas.

La anciana, ante aquel abandono supremo, indiferente á todos, se sintió transida de aquel frío pavoroso de soledad, ingratitud y desamor, que paralizaba su sangre, crispaba sus huesos y llenaba su mente de ideas siniestras; y su amor de madre, como un grito de pasión sin esperanza, se desbordó en sus heladas entrañas... Al modo que el viento mismo, cuando sopla en ráfagas, acrecienta las llamas al punto de extinguirlas...



Ya caminan por las afueras de la aldea madre é hijo; él mustio, cabizbajo, inclinado bajo el peso de su morral provisto; ella, entera, resuelta, resignada. ¿Quién ha temido por

la anciana? La anciana es un roble. Ha dado á la vida muchos frutos de su carne, se ha dado entera al amor de ellos, ha trabajado sin descanso y sin fatiga sesenta años, por amor á todos, y ha enterrado á todos los que amó. ¡La anciana es un roble que ni el rayo ha podido abatir!

Ha dicho animosa:

—Viviré para esperarte, trabajando siempre, hijo. Vete ta tranquilo á América «¡al otro mundo!»...

Y no ha temblado al decir estas palabras, puerilmente equívocas: aterradoras para ella, como una predicción siniestra.

Ei camino que siguen en la montaña, da acceso á una planicie que ilumina el frío fulgor de la luna, ya alta en el horizonte. Descúbrese desde allí la ancha faja del mar fronterizo, plateada y ondulante, como la escama de un enorme reptil convulso; las heladas cúspides de la montaña, cabellera de gigantes encanecidos en la empresa vana de escalar el cielo, y el valle, y la aldea, sumidos en la sombra. Fulgura en la aldea la enorme hoguera,

como el ojo irritado de un cíclope, y densas nubes de humo, al salir del foco de sombra, se ciernen en el espacio iluminado. Diríase el valle entero, un mónstruo apocalíptico, que mirara desde la aldea, mugiera con el cavernoso rumor del torrente, despidiera espesas bocanadas de humo, agitara su cola en el mar y abriera sus negras fauces, amenazando tragarse los gigantes de la montaña... Y en torno á la hoguera, se columbran agitadas sombras fantásticas, como de brujas en aquellarre...

Al llegar madre é hijo á la planicie, un cambio caprichoso del viento, trae á sus oídos rumores de fiesta, primero agudos y distintos como insolente carcajada de burla, luego trémulos y desmayados como un lamento.

El hijo se detiene mirando hacia allá:

—Hasta que yo vuelva, no volverá á cantar *ella*, madre... ¡*Ella* que canta como los angelicos del cielo!

La madre se detiene también. Parece indecisa un instante, y luego pregunta, — temblándole la voz por vez primera aquella noche:

¿Te quiere *ella* mucho, hijo?

El tiene un ímpetu:

—¡Sin *ella* no puedo vivir, madre!

Entonces la madre le abraza, se abrazan.

—¡Vete, vete, pues, con tal que vivas!..

Y luego lentamente:

—¿Por qué no te has ido antes?..

Siente el hijo de súbito como una oleada que le hincha el pecho y le sube á la garganta, extrangulándole, y desprendiéndose brusca-mente de los brazos de su madre, echa á correr, como si huyera de sí mismo...

Y ella, nada, no dice nada: ahoga con un sollozo un alarido; uno de esos gritos, que á no ahogar, sólo los profieren los locos y las madres; y cae de rodillas, al mismo tiempo que el hijo desaparece tras un recodo del camino, inclinando sobre el pecho la cabeza, fuerte y paciente como la de Job, y allí permanece, trémula, sollozante, sin desperdiciar una lágrima ni una queja, con el egoista saboreo suicida de los dolores que matan ó enloquecen.

Así transcurre algún tiempo.

De repente, la anciana alza vivamente la cabeza, atenta á una voz incierta que llega á

sus oídos. Es la voz de su hijo que canta muy lejos; es la voz del hijo á no dudarle: es la única voz capaz de despertar á la madre... Oye con el alma que le queda puesta en los oídos, hasta que el último eco de aquella voz quejumbrosa se extingue como un suspiro...

Entonces, por una reacción misteriosa, cuyo secreto solo puede hallarse en las entrañas de las madres, la anciana se incorpora:

—Con tal que él viva y sea feliz... ¡Quiero vivir para esperarlo!

Y levanta la cabeza, valiente, resuelta; sola bajo la enorme majestad del cielo impasible, ante el esplendor magnífico de la naturaleza implacable, y el regocijo indiferente de los hombres...

Pero en aquel instante, otra voz llega á sus oídos, confundida con los rumores de la fiesta, y la anciana vuelve el rostro hacia la aldea, como si aquella voz la hubiera mordido. ¡Increíble! Es la voz de *ella*, distinta, clara, inconfundible, que el eco repite con resonancias insolentes y luego burlonas: ¡es la voz de *ella*, que canta como los angelicos del cielo!... La

anciana escucha con glacial estupor aquella voz que el vientecillo—una ráfaga suave y juguetona—lleva á sus oídos; mira luego al cielo con asombro ingénuo, al ver que del cielo no cae nada... y luego le acomete ¡un temblor!... ¡y la acongoja un frío!... ¡y la hiela un espantol!... que al fin se desploma, de cara al suelo, hiposa, muda, yerta, entre gemidos desmayados y ateridas convulsiones...

Y á poco, nada; no se oye nada. Bajo la enorme majestad del cielo impasible y ante el esplendor magnífico de la naturaleza indiferente, el sosiego de aquella noche de luna, encalmada en frío reposo, sólo es turbado de vez en vez por alegres rumores de fiesta, que nadie oye en la montaña...

## EL HÉROE DEL CASAR

Puebla del Casar, noble villa andaluza, se enorgullece de contar entre sus hijos al hidalgo don Pedro Nolasco de Hinojosa, cazador famoso; tanto, que sus paisanos le dieron un mote altivo que él ostentaba bizarramente como si se tratara de un título ganado en las Cruzadas: le llamaban don Humberto.

Rival de este Nemrod del Casar era don Manuel Romero, gran cazador también, pero obscurecido por el preclaro nombre de su invicto paisano. Frente al soberbio homenaje de ser llamado don Humberto, el señor Romero solo podía obtener de las gentes un don Manolo insípido y familiar, que apenas denotaba un poco de estimación burlona.

El primero era un hidalgo rico, solterón y bien apersonado, que sólo tenía una pasión: la caza. Mejor dicho, dos pasiones tenía: cazar y humillar con el relato de sus hazañas á don Manolo cuando de noche se reunían en el casino los notables de la villa. Sin el placer que sentía don Humberto humillando á su rival, tal vez no hubiera llegado á ser cazador tan glorioso. Lo que prueba que la emulación es una excelente clueca para incubar grandes hombres.

En cambio don Manolo no era rico ni gentil, sino boticario y feo; y tenía tan agudas pasiones como sutil ingenio. Era un andaluz de casta, jugador, mujeriego, holgazán, borracho, maligno, desfachatado y temible guasón: un verdadero pícaro, enfundado en la honorable piel de un boticario. Pero, amigo, cuando de noche en el casino de la villa don Humberto contaba las piezas cobradas en cada excursión cinegética, y un día y otro día y todos los del año le aplastaba con las pruebas de su superioridad, el bueno de don Manolo perdía el humor y el ingenio, palidecía, enrojecía, se

azoraba y soportaba tímidamente las carcajadas y las cuchufletas de sus paisanos, los cuales se defendían á duras penas del ingenio agresivo y socarrón del boticario gracias á sus fiasquezas de cazador. Don Humberto venía á ser la pesadilla de don Manolo. Don Manolo era el *coco* de los honrados casarienses. Pero este *bú* de la farmacopea era vulnerable, como Aquiles, en su talón de cazador.

Por eso los venturosos hijos del Casar escucharon un día con asombro y regocijo la noticia fausta y sensacional. ¡Don Manolo había desafiado á don Humberto á singular combate cinegético, apostando mil pesetas, galardón de la contienda, para el que saliera vencedor!

El hecho fué solemne. El boticario mandó un cartel de desafío á don Humberto, convocó á todos los notables de la villa á una reunión magna en el casino, compareció y dijo:

—Señores: vengo á sostener aquí que la reputación de que goza como cazador el famoso don Humberto hay que ponerla á prueba.

Una carcajada acogió estas palabras.

—¡Ahí le duele!—exclamaron los experimentados casarienses.

Don Manolo, sin inmutarse como otras veces, prosiguió:

—Señores: para que resplandezcan las virtudes hay que ponerlas á prueba: ¡por eso está á obscuras el mundo! Sostengo que don Humberto no es tan buen cazador como yo ó por lo menos que yo soy tan excelente cazador como don Humberto.

Estrépito de risas generales.

—Sostengo que un día cualquiera—siguió impertérrito el boticario—salimos los dos solos y al azar, cada cual con su escopeta y su perro, un número determinado de horas, y yo he de regresar al pueblo con tantas piezas cobradas, por lo menos, como el renombrado don Humberto.

Aplausos y plácemes.

—¡Y para sostener lo que digo apuesto mil pesetas!

Ovación y música de viento.

—¡Mil pesetas como éstas!

Sensación. Al ver en las manos del botica-

rio un puñado de billetes de Banco las bromas cesaron y todos los rostros se tornaron graves, con religioso respeto; porque en los pueblos de Andalucía es menos fabuloso ver á Dios que tener un billete de Banco. Don Manolo entregó el dinero al anciano médico del Casar, hombre venerable, diciéndole:

—Cuenta, don Rafael. A usted lo hago depositario y juez de la apuesta. Y que estos señores sean testigos.

Ante la seriedad de tan insolente é inaudita provocación, don Humberto se indignó:

—¡Ahora mismo voy á mi casa á por las mil pesetas! ¡Van apostadas!... ¡Y mil duros más, si usted quiere!

—Con mil amores, pero no dispongo mas que de esa cantidad—replicó modestamente el boticario.

Don Humberto fué á su casa, en efecto, regresó con las mil pesetas, hizo entrega de ellas al médico, y la asamblea de notables de la villa acordó:

«Mañana al amanecer saldrán del casino de la villa del Casar á una misma hora los

ilustres casarienses don Pedro Nolasco de Hinojosa y don Manuel Romero, cada uno por su lado, según les plazca, solos ambos, con su escopeta y su perro, y habrán de estar de regreso á las ocho de la noche en punto, en el mismo casino. El que se retrase en llegar perderá la apuesta de mil pesetas, cruzada entre ambos señores. El que vuelva con menos perdices, liebres ó conejos muertos perderá la apuesta. En igualdad de condiciones ganará don Manuel Romero» (*Siguen las firmas*).



Amanecía cuando en el casino de la Puebla del Casar cien brazos armados de copas de aguardiente se levantaban á un tiempo:

—¡Por el futuro campeón del Casar! ¡Por el héroe de este día!

El anciano médico, con los billetes de la apuesta en la mano y los brazos en alto, dió la señal gravemente:

—¡En marcha, señores!

Don Humberto y don Manolo avanzaron por entre dos filas de casarienses formados en guardia de honor, cruzaron la portalada, ganaron la plaza y allí se separaron, orientándose cada cual por opuesto sendero.

Al decir de los notables de la villa, don Manolo, la víctima probable, iba animoso y sereno; en cambio don Humberto, el presunto vencedor, estaba preocupado y nervioso; pero esto á nadie sorprendía dado el carácter desaprensivo del boticario y el caballeresco del hidalgo.

Don Humberto se internó en la sierra y recorrió montes y valles con un afán febril. A las doce del día, despeado y hambriento, se sentó á almorzar al margen de una fuente. Había disparado veinte tiros y llevaba el morral vacío. ¿Era verosímil tan torpe azoramiento en tan experto cazador? ¡Preparad el ánimo á la decepción más desoladora! Don Humberto tiró el morral en tierra con rabia y exclamó con preciosa ingenuidad:

—¡Pero que todos los días me ha de pasar lo mismo!

Luego echó unas buenas piedras en el morral.

—¡No vaya á verme alguien con el morral vacío!

Y con la conciencia tranquila y el morral lleno, almorzó.

A las tres de la tarde un pastor casariense llevó la noticia al casino, donde los notables de la villa permanecían en sesión:

—He visto á don Humberto en las barrancas del Soto con el morral tan lleno, que no podía tirar de él.

—¡Bravo por don Humberto!

En cambio, un vagabundo del vecino pueblo de Palmares llegó y dijo:

—Me he encontrado á don Manolo dormido debajo de un olivo.

Los notables del Casar se miraron con asombro, pero luego se encogieron de hombros

—¡Bah! Don Manolo es un chusco, pero incapaz de una chuscada que le cueste mil pesetas. O ese hombre está equivocado ó don Manolo ha perdido el juicio.

Mientras tanto, allá en lo más abrupto de

la Sierra, en una cueva llamada de las Cabras, don Humberto conversaba con un hombre:

--Gracias á Dios que llegas, *Gato*.

--Buenas tardes, mi amo.

--¿Entendiste bien el recado que te mandé anoche?

--Al pelo.

--Y qué, ¿qué has cazado?

--¿Y usted, mi amo?

--¿Yo? Como estoy hoy nervioso... ¡Pero acaba, hombre!

--Creo que son unos diez y ocho conejos lo que han caído.

--¡Diez y ocho conejos!

--Diez y ocho.

--¿Y dónde has encontrado tantos conejos, *Gato*?

--En el monte de mi pueblo.

--No sabía yo que en Palmares abundaran tanto los conejos.

--Ahí verá usted quién soy yo para un apuro.

--Sí que eres un hombre, *Gato*.

--Gracias, mi amo.

—¡Anda! Échalos en mi morral y acaba, no vayan á vernos juntos. ¡Vivo!

El *Gato* sacó las piedras del morral de don Humberto y las substituyó con los conejos.

—Ya va usted despachado, mi amo.

—Toma tú los cinco duros prometidos.

—¡Vaya rumbo! Gracias.

Don Humberto salió cautelosamente de la cueva, trepó al camino y emprendió muy ufano el camino de la villa.



En el casino, llenando la portalada y aun extendiéndose por la plaza, los casarienses esperaban la llegada de los contendedores.

Primero llegó don Humberto jadeando bajo el peso de su morral, y bajo el palio de los sombreros en alto, y el incienso de las aclamaciones, entró triunfalmente en el casino.

A poco llegó don Manolo. Su gesto desmayado y su morral lacio provocaron risas, bur-las y aun silbidos. El boticario venía boste-zando y estiraba los brazos:

—¡Vaya un sueñecito que me he echado debajo de un olivo!

Los casarienses se miraban unos á otros asombrados:

—¡Pero este hombre se ha vuelto loco!

Don Humberto y don Manolo se sentaron frente á frente en una mesa colocada en el centro de la sala del casino: todo iluminado como en noche de fiesta: el médico del Casar á un lado y los demás notables de la villa rodeando la mesa.

A una invitación del médico, el hidalgo y el médico requirieron los morrales.

—Veamos.

Don Humberto, que no podía coordinar la cara impávida de su rival con su morral vacío, comenzó impaciente:

—Yo he cazado diez y ocho conejos.

Un ¡oh! de asombro acogió esta declaración, porque en el Casar son raros los conejos.

—También yo he cazado mucho—respondió calmamente don Manolo.

—¿Y dónde está esa caza?

—Ya vendrá. Me pesaba mucho y un ami-

go se ha encargado de traérmela. Pero mientras tanto, aquí traigo las pruebas de lo que he cazado.

Abrió don Manolo su morral, sacó un pequeño paquete, lo desenvolvió y ante la sorpresa de todos sacó un montón de rabos de conejo.

—Uno, dos...—contó don Manolo.— Total: ¡diez y ocho rabos!

—¡Qué casualidad!—exclamó el médico.

Pero don Humberto le atajó furioso:

—¡No! ¡Eso es una burla!... ¡Eso es una trampa!... Este hombre es capaz de haber dejado sin rabo todos los conejos de su corral!

Una carcajada acogió estas palabras, se propagó á la portalada y llegó hasta la plaza.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa?—se preguntaban los casarienses.

—¡Don Humberto ha cazado diez y ocho conejos!

—¡Oh!

—¡Y don Manolo ha cazado diez y ocho rabos!...

—¡Ahl Já, já, já...

Y un reguero de risas circulaba desde la sala del casino á la plaza.

Don Manolo siguió hablando con mucha calma:

—Ya he dicho que mi caza vendrá. Mientras tanto, veamos esos conejos que ha cazado don Humberto.

—¡Aquí están!—gritó don Humberto.— ¡Así es preciso que presente usted los suyos para ganar la apuesta!

Y de dos puñados echó los conejos sobre la mesa.

—¡Pero don Humberto—observó el boticario cachazudamente—esos conejos de usted no tienen rabo!

—¡Cómol...

Dos ó tres manos febriles revolvieron el montón de conejos.

—¡En efecto: estos animales tienen el rabo cortado!... ¡No hay uno sólo que tenga rabo!... —exclamaron todos.

—Por lo cual—añadió impasible el boticario—si don Humberto quiere saber dónde es-

tán mis conejos es preciso que también él nos diga dónde están sus rabos...

Y en medio de la estupefacción general, don Manolo tomó un rabo y un conejo, hizo ademán de untar de saliva las heridas y pegó el rabo en su sitio...

—Ea: ¡aquí lo tienen ustedes peludo y rabudo como salió de las manos del Hacedor!...

—¿Pero qué diablo significa esto?—interrogó el médico.

—Pues está bien claro: esto significa que entre don Humberto y yo hemos cazado diez y ocho conejos: yo los rabos y él lo demás...

Todas las miradas convergieron interrogantes y acusadoras en don Humberto; pero éste había visto patente, en todo su horror, la traición del *Gato* de Palmares, y ya no vió nada más: cayó desmayado.

. . . . .  
Cuando don Humberto recobró el sentido, se halló solo, echado sobre un diván, en la sala del casino, todo iluminado como antes, con las puertas cerradas y los balcones abiertos. Se incorporó un poco, vió su imagen reflejada en

un espejo de enfrente y ¡oh, afrenta!: de su cuello, como un collar, pendían enlazados con un hilo los diez y ocho rabos de don Manolo. Al mismo tiempo, por los balcones, abiertos á la plaza, entró como un trueno la baraunda infernal de una música de latas viejas, cuernos de caza, pitos silbantes, cornetines desafinados, carracas y zambombas, y dominándolo todo, un coro destemplado y absurdo entonó una copla truhanesca, fruto malhadado del ingenio de don Manolo.

Don Humberto cerró los balcones. Antes de amanecer logró salir disfrazado del casino y de la villa, liquidó sus bienes por poderes y nadie ha vuelto á saber nada en el Casar del glorioso don Humberto.

¿Encontrais demasiado inverosímil y grotesco este héroe? Pues héroes como el del Casar abundan por el mundo: sólo falta que alguien los sorprenda y les corte el rabo á sus hazañas...

LA LOCURA DE UN HOMBRE HONRADO

*Un paréntesis, para Rabelais.*

Yo soy un hombre honrado y amo la virtud, la belleza y el buen caldo como el que más. Además, el caldo se me antoja con vino. Pero tengo una extraña debilidad: me gusta el dinero más que comer.

Comprended, por lo tanto, por qué yo, que soy un hombre honrado, nada tengo de hombre heroico: amo el dinero más que la vida; pero sin dinero, ¿qué tenéis que decirme?, ¿se puede vivir sin dinero?

En efecto: ¿trabajamos para vivir ó trabajamos para ganar dinero? Ciertamente, trabajamos para ganar dinero; porque sin dinero, ¿para qué ha de permitirse el milagro de vivir un hombre honrado? ¡Para sufrir, como San

Antonio en el desierto, las más horrorosas tentaciones! Porque decidme: ¿qué puede dar lugar á más siniestros extravíos, una mujer ó un billete de Banco?

—¡Oh! ¡Hay mujeres que son diosas!

—¡Ah! ¡Pero hay billetes que valen mil diosas!... Quiero decir: ¡mil pesetas!

Y esto no tiene vuelta de hoja, señores.

Por eso, si la bendita diosa Venus reviviera y quisiera tentarme yo la diría:

—¡No permitas que estando yo á tus divinas plantas echen á mis espaldas una sola peseta, aunque resuene en mis oídos con música de céntimos! ¡Me volveré de un salto, y al bajarme á apresar las lindas moneditas, bellas como soles, te haré una ingrata reverencia!

¡Porque yo soy capaz de arrodillarme ante un ochavo moruno, hollando con mis rodillas la Iliada y dando la espalda á un cuadro de Murillo!

Y, sin embargo, después de la muerte no hay nada que yo ame tanto como unos cabellos de oro. La razón de esta voluptuosa singularidad está en que yo duermo como un gato



al sol cuando me bañan las ondas áureas de unos pelos sedosos; tan profundamente duermo—;por mi fe!—que no daría un cuarto por pasar de los brazos de una bella á los brazos de la muerte.

¡Y amo al sol porque dora las cosas y á la luna porque las platea!

Además, sin dinero, ¿qué tenéis que decirme?, ¿se puede amar sin dinero?

¡Un solo céntimo me saca de quicio y me transporta al éxtasis, señores! ¡Sería capaz de deshojar las páginas del *Quijote* para limpiar con ellas una peseta manchada de barro!

¡Figuraos, pues, cómo amaré yo una moneda de oro ó un billete de á mil! Me desvanezco, señores, sólo de pensarlo. ¡Oh, paladines de la virtud! ¿Qué tenéis que decirme? A no ser héroes, ¿se puede ser virtuosos sin tener dinero?...

No seáis, pues, crueles, por Dios, al juzgar á Judas Izcarote, el Traidor: Dios es Dios, pero treinta dineros... ¡señores!, son muchos dineros.

Por consiguiente, es preciso que confeséis

conmigo que el mundo es un lugar infecto y la vida una cosa abominable. Yo vendí toda mi hacienda, reduje á oro acuñado mi trabajo de toda la vida, ¡cien mil pesos, señores! ¡Cien mil honrados pesos, señores! ¡Un cielo de pesos, más bellos y deslumbrantes que esas estrellas ó soles lejanos, que tachonan el fementido cielo que vemos!

Y es espantoso é impío, señores. ¡Hay horrores que enloquecen! Entre los cien mil pesos que me dieron por mi hacienda—¡entre aquellos cien mil pesos, locamente besados y temblorosamente adorados por mí!—me deslizaron—¿qué diréis?—me deslizaron una moneda de oro ¡falsa! ¡Cólera de Belcebú! ¡Una moneda de oro falsa!

¿Pero es posible, Dios mío?

Que se falsifique la belleza, esa virtud de las cosas, es grave cosa. Que se falsifiquen las religiones, esas industrias de la virtud, ¡ah, qué cosa! Y no negaré que es nefando que se falsifique el vino. Pero si se falsifica el oro, señores; el oro, que es la belleza, la virtud, el bienestar, la vida misma de las criaturas, ¿en

qué diablo vamos á creer en este mundo los hombres honrados?

Por eso yo me arranqué los ojos con un clavo, y estoy ciego. ¡No quiero ver nada, nada, en este mundo, donde hasta el oro nos engaña!

## LA FLOR DE LA SIERRA

(Un viejo y una niña, sentados al hogar).

LA NIÑA.—Vamos, abuelito; esta noche es preciso que me duermas con un cuento de esos tan lindos que tú sabes.

EL ABUELO.—Pero niña, ¿todavía?... Eres ya una mujer...

LA NIÑA.—¿Y eso qué importa, abuelito? ¿Es que á las mujeres no les gustan los cuentos?

EL ABUELO.—Y los chismes también, hija mía... Pero, en fin, si te empeñas... Con tal de que seas buena y te duermas pronto...

LA NIÑA.—(*Acariciándole la barba*). Si, abuelito, sí.

EL ABUELO.—Bueno. Pues siéntate más

cerca. Aviva el fuego... ¡Qué frío hace esta noche! ¿Tú me has oído referir una leyenda preciosa, de probada eficacia para arrullar el sueño de las jóvenes, conocida con el nombre de *La flor de la Sierra*?

LA NIÑA.—No...

EL ABUELO.—Claro; ¡como eres aún una niña!...

LA NIÑA —¡No digas eso, abuelito!

EL ABUELO.—¿Por qué?

LA NIÑA.—Porque te contradices, abuelito. Acabas de decir que yo soy ya una mujer...

EL ABUELO.—(*Sonriendo*). Ah, bueno; dispensa la inadvertencia... Pues la leyenda de que hablo es la famosa historia de los amores de una joven cristiana con el moro más valiente de las Alpujarras;... una curiosa leyenda que advierte á las jóvenes esta verdad profunda: «No miréis á la luna buscando vuestros amores, porque si la luz de la luna alumbra la noche de vuestras bodas, os exponéis á que la luna os haga *mal de ojo*...»

LA NIÑA.—¡Ay, que lindo!... ¡Qué lindo debe ser eso!... Cuenta, cuenta...

EL ABUELO.—Yo no la recuerdo en todos sus detalles, porque como es historia muy vieja y verdadera, todos la damos al olvido de jóvenes y sólo la advertimos de viejos, cuando la memoria es frágil... Pero no importan los detalles; verás:

«Ella era bella como un sueño, y buena; todo como un sueño... La llamaban *La flor de la Sierra*. El, un morazo de fiera apostura y fieros hechos, apasionado, soñador y creyente... Lo tenían por hijo de aquel Válor que después se llamó Abén-Humeya. Y por no se qué malas artes del enemigo, aquella débil criatura vino á enamorarse perdidamente del moro; y aquel moro feroz vino á deponer su fiereza y su fanatismo ante la dulce y pura belleza de la cristiana... Se amaron con locura».

LA NIÑA.—¿Y dices que fué por malas artes del enemigo, abuelito?

EL ABUELO.—Así lo dice la leyenda, hija mía.

LA NIÑA.—Pues mira tú; eso no lo creo yo, abuelito: ¡las leyendas deben mentir mucho!...

EL ABUELO.—(*Sonriendo*). ¡Mucho!... Pero no me interrumpas:

«Los padres de la joven se opusieron con toda la energía de su fé á aquellos amores impíos, y los jóvenes caballeros cristianos, que andaban prendados de su singular belleza—tantos cuantos la conocieron, según cuenta la leyenda—hicieron al moro una guerra implacable; guerra enfurecida en la que lucharon todos los odios, rivalidades é intransigencias de raza, de amor y de religión y en la que corrieron á torrentes la sangre y las lágrimas...»

LA NIÑA.—¡Sí; pero él los venció á todos!... ¡El les pudo á todos!...

EL ABUELO.—Niña, no me interrumpas. Verás lo que dice la leyenda:

«Al fin el moro logró vencerlos á todos...»

LA NIÑA.—¡Ahl ¿Lo ves tú?... ¡El les pudo á todos!

EL ABUELO.—Sí; los venció á todos: «á los padres de ella con dádivas conmovedoras y renegando de Mahoma, su progenitor, y á sus rivales con el corvo alfange, que según la leyenda, era «el primogénito de la muerte»...»

LA NIÑA.—¡Viva el moro!... ¡Así se hace!...

EL ABUELO. — ¡Niña! ¿Te parece bien que el moro matara muchos cristianos?

LA NIÑA.—¡Toma! ¿Y por qué había de dejar el moro que los cristianos le quitaran la novia?... ¡No, hijo: lo primero es la novia!

EL ABUELO.—(*Sonriendo*). Bueno, pues no me interrumpas. Continúa la leyenda:

«Vencidos todos los obstáculos, los amantes lograron al fin ver premiados su amor y su constancia; una noche santificó sus amores ante el altar un sacerdote cristiano, uniéndolos para siempre...

LA NIÑA.—(*Palmoteando*). ¡Ay, que bien! ¡Qué bien!...

EL ABUELO.—¡Ay! pero añade la leyenda: «Después que el sacerdote la unió á su dueño, la novia huye de todos y se esconde: quiere estar sola para pensar en su dicha. ¡Con razón dicen que la felicidad es egoísta!... Se asoma á una ventana para respirar los aires de la montaña. ¡La dicha le ahoga!... Y el cielo estaba de fiesta aquella noche, como si Dios quisiera festejar el triunfo de los castos amores

de la doncella cristiana. Respira con fuerza el perfume encantado de la noche, se le ensancha el corazón palpitante, pensando en su dueño; mira al cielo saboreando su dicha... y de sus labios brota un «¡gracias, Dios mío!», que da celos al cielo. La luna, que la mira con envidia, se detiene para contemplar á aquel alma tan pura que le asoma á los labios... y en sus labios se posa un rayo de luna que besa su alma... La joven se extremece: un vientecillo sutil le crispera el corazón y agita todo su sér, como el vientecillo que precede á la borrasca extremece á la flor que presiente su destino... ¿Qué teme? ¿Será que la felicidad es más pura y más grande mientras vive en el mundo de los sueños y la alienta la esperanza? Y fascinada, vuelve á mirar al cielo, como si de allí esperara la respuesta»...

Lo que le dijo el cielo y lo que pasó en el alma de la joven cristiana aquella noche, no se sabe; pero dicen que la imagen de su dueño se borró por completo de su alma y que, extasiada, siguió mirando al cielo...

LA NIÑA.—¡Ah! Se olvidó de él...

EL ABUELO.—Así lo dice la leyenda.

LA NIÑA.—¡Pero no me digas eso, abuelito!...

EL ABUELO.—Así lo dice la leyenda. Y cuando el de Valor la encontró, la desposada no advirtió siquiera la llegada de su dueño. Su corazón estaba encantado, embrujado, por los rayos de la luna, que la envolvían acariciándola...

LA NIÑA.—Y él, ¿qué hizo?

EL ABUELO.—Quiso despertarla de su encantamiento y le dió un beso frenético en los labios.

LA NIÑA.—(*Con fuego*). ¡Despertaría!

EL ABUELO.—(*Siempre sonriendo*). Eso creyó él al principio, porque la joven se agitó con un estremecimiento convulsivo... ¡Pero fué el escalofrío de la muerte lo que agitó su ser!

LA NIÑA.—¡Jesús!

EL ABUELO.—Celosa la luna, le hizo *mal de ojo* en aquel instante y le arrebató el alma en un rayo de luna.

LA NIÑA.—¡Qué historia, abuelito, qué historia!

EL ABUELO.—¿Te gusta?

LA NIÑA.—(*Pensativa*). ¡Oh! Sí, sí...  
¡mucho!

EL ABUELO.—¿Pero no te duermes?

LA NIÑA.—¿Estás loco, abuelito?... ¿Y qué hizo entonces él?

EL ABUELO.—¿Quién?

LA NIÑA.—¿Cómo quién, abuelito?... ¡El moro! ¿Qué hizo el moro al verla á ella muerta?

EL ABUELO.—Ah, sí; se me olvidaba...  
Pues «el primogénito de la muerte», que tantas vidas había segado en flor, sirvió también para segar la del rival de la luna...

LA NIÑA.—¡Ah! ¡Se mató!

EL ABUELO.—Justo, se mató.

LA NIÑA.—¡Qué cosa tan triste, abuelito!  
¡qué triste!... ¿Y ya no quedan moros como aquél?...

EL ABUELO.—Ni jóvenes que enamoren á la luna tampoco, hija mía... Así lo espero.  
(*Pausa*). Qué, ¿pero es que no vas á dormirte esta noche, niña?

LA NIÑA.—(*Distraída, suspirando*). ¡Qué lástima!...

## LA PESAOMBRE

Ya hacía algún tiempo que había huído «la enemiga»; la ahuyentaron los fríos antu-  
viales que anunciaron el otoño; pero aunque  
el invierno se había estacionado ya en aque-  
llas agrestes alturas, con sus nevadas copiosas  
y con sus rigores polares, las huellas que á su  
paso había dejado «la traidora» se observaban  
todavía en los cuerpos encorvados y macilen-  
tos de los buenos serranos que habitan aquel  
pueblecillo solitario, escondido en las fragosi-  
dades de la sierra alpujarreña, como nido de  
águilas en lo más inaccesible de las rocas.

Aquellos seres, que viven en plena natura-  
leza, habituados á luchar con los lobos á pu-  
ñaladas, y á pecho descubierto con las incle-

mencias del cielo, y á pecho resignado con las miserias y dolores de la tierra—animosos, fuertes y abnegados,—desde el verano anterior en que los había visitado «la enemiga», «la traidora» —¡la peste!—desperdicios del macabro festín, andaban abatidos, paliduchos y taciturnos, con desmayo en el duro brazo, con anemia en el vigor salvaje y con hosca tristeza en el alma.

Convalecían en el recuerdo, tenaz y absorbente, como poseídos todavía del terror del peligro que corrieron, y vivían en ensueño de pesadilla, evocando constantemente entre lamentaciones dolorosas, todos los horrores de aquella tragedia.

«¡Malhaya el sol, que todos los años les había dao el pan y aquel año les había dao la muerte! ¡Malhaya la condená, y qué siega había hecho en ellos, y cómo los había perdido á todos, y cómo los había arrubinao! ¡Malhaya la cabeza, que, aunque vivieran mil años, no podrían olvidarlol!»

En estos relatos quejumbrosos, que era la obsesión de todos los labios, oí pronunciar re-

petidas veces una palabra extraña: «la Pesaombre».

«La Pesaombre»—decían—no dió paz á sus brazos, ni de noche ni de día. La Pesaombre enterró á nuestros padres. La Pesaombre enterró á nuestros hijos... La Pesaombre enterró todos nuestros amores y enterró en nosotros la gana de vivir. ¡Malhaya la Pesaombre!»

Y al escuchar esto—repetido, por cierto, con cierta sombría satisfacción, como si todos hubieran sentido, á su pesar, la egoísta alegría irreprimible de no haber sido enterrados por «la Pesaombre»—llegué á pensar que la extraña palabra era un indignado y caprichoso dicterio más con que los buenos serranos maldecían de la enfermedad que los había diezclado.

Pero un día hablando de esto con el médico del pueblo—un excelente viejo que había sido el héroe derrotado de aquellas jornadas trágicas—me dijo, respondiendo á mi curiosidad:

«La Pesaombre» es el mote con que estas pobres gentes han bautizado á un hombre.

No sé qué de cómico encontré en esto de

llamar «la Pesaombre» á un hombre, que acogí sus palabras sonriendo:

Lo mismo podían haberle llamado «La Desazón»... «La Pena»...

Cuando conozcas al hombre de que se trata, encontrarás muy serio y muy justificado ese mote—me dijo el anciano médico con cierta severidad bondadosa, que la realidad de la vida, entrevista por él en los horrores de la siniestra hecatombe, había impreso en su rostro, otras veces tan risueño. Es un sér muy extraño, que aquí inspira terror supersticioso á todos. Su presencia da pesadumbre aun al más despreocupado; eso: pesadumbre en el sentido que aquí se da á esa palabra; produce malestar, da angustia... Cuando mayor era la mortandad que el cólera producía, se presentó en el pueblo con una mujer y un niño: su mujer y su hijo. Su mujer había llegado enferma, y vino él á pedirme auxilio. Me sorprendió que siendo extranjero como parecía por el acento, y no siendo mendigo como demostraba en la traza, hubiera llegado á este rincón desconocido ú olvidado en un confin

de la tierra, y le pregunté de dónde venía y cómo había llegado en tales circunstancias. Se limitó á contestarme: «Venimos de muy lejos... venimos viajando...» Y nada más me dijo ni yo le pregunté. Tres sepultureros habían muerto de la epidemia, sin que nadie quisiera sustituirlos, y el día anterior había tenido yo que enterrar á las víctimas del día. Le propuse que hiciera este oficio, advirtiéndole los riesgos, y él aceptó. Lo instalamos con su familia en la casilla que hay junto al cementerio, deshabitada desde la muerte del último sepulturero. A los pocos días murió su mujer y él mismo la enterró, negándose torvamente, á admitir el ofrecimiento de los que quisimos evitarle aquel bárbaro dolor. Después siguió enterrando... Y cuando pasó la epidemia, no obstante la repulsión medrosa que inspira, tuvimos que acceder, por humanidad y gratitud, á que siguiera viviendo en el pueblo y en la casilla del cementerio, como nos suplicó con desesperados ademanes, y allí continúa con su hijo, en completo aislamiento, dejándose ver únicamente cuando tiene que

cumplir las obligaciones de su triste oficio. Esta es la historia. En el pueblo se han inventado mil leyendas acerca de su persona; pero desde el día en que murió su mujer, no sé si porque quedó mudo, ó por rehuir preguntas indiscretas, no habla con nadie, y lo único de cierto que de él se sabe es lo que me dijo á mí con su extraño acento: «Venimos de muy lejos... venimos viajando...»



No me interesó el drama, espantoso y real, de la vida presente de aquel hombre, porque las miserias y los dolores que presenciamos pierden todo el encanto novelesco de que nuestra feliz inconsciencia suele revestirlos; pero sí me cautivó el drama que se traslucía en el misterio en que estaba envuelto el pasado de aquel desconocido peregrino, venido errante y al acaso, á esconderse, peor que en una tumba, en un rincón extraño; y vivamente interesado, acudí á los pocos días al entierro de una joven, sólo por conocerlo.

Fué en un día invernal, lluvioso y opaco. Cuando llegué con el fúnebre cortejo al cementerio «la Pesaombre» estaba de pie, inmóvil, junto á la fosa recién abierta... Nunca he experimentado una sensación tan intensa y desconsolada. Si el Greco hubiera sido escultor, yo hubiera ¡pensado: «Esa figura inmóvil que se yergue al borde de una sepultura, donde una joven vestida de blanco y coronada de flores va á dormir eternamente en brazos de la muerte, es una creación simbólica de aquel génio trágico».

Era un hombre de estatura desmesurada, que acentuaba de tal modo la extremada delgadez de su cuerpo, que parecía un esqueleto viviente. Su rostro, alargado, anguloso y de una palidez amarillenta, se destacaba entre la orla de unas greñas grises y lacias y entre la maraña de una barba clara é hirsuta, que dejaba entrever unos labios exangües, fruncidos por una contracción violenta. Sus ojos, grandes, negrísimos y hundidos, tenían á veces una expresión horrible y á veces una angustiosa inexpressión, más horrible todavía... Miraban,

de ordinario, con fijeza aterradora, como si no vieran, impasibles, como si estuvieran absorbidos ó muertos, y de vez en cuando se agitaban momentáneamente, giraban rápidos, bajo los párpados temblorosos, y miraban con extravío vago, despidiendo vislumbres mortecinos y sombríos, como si tras ellos se estremeciera un prisionero torturado entre las angustias de la cautividad y como si en ellos se reflejara una luz moribunda próxima á extinguirse en la agonía de un ambiente enrarecido... Sus espaldas se encorvaban, abatidas, como si las abrumara un peso enorme; sus brazos caían con inercia insensible á lo largo de sus piernas rígidas y secas; sus dedos larguísimos, pizarrosos y huesudos, se retorcían nerviosos con crispaciones inquietas, contrastando con la inmovilidad inanimada de los brazos, como si en ellos se hubiera reconcentrado toda la vida; y su cuerpo todo, mal cubierto de negros harapos, cuando estaba en reposo tenía la majestad imponente de las cosas muertas, y cuando se movía era con una dejadez tan desalentada, con un cansancio tan fatigoso, con una pasividad

tan inconsciente, que parecía que andaba y se movía por compromiso ó forzado, como si cediera á una obligación penosa ó como si le faltaran fuerzas para arrastrar el peso escaso de sus huesos descarnados y le hostigaran á latigazos...

Al salir del cementerio, después de enterrada la muchacha, oí decir á un joven: «Se quitan las ganas de vivir viendo á ese hombre...»

Y yo pensaba: «Ese hombre es una injuria á la vida...»



Pasaron algunos meses. Con la primavera llegó el día del santo patrono del pueblo, y aunque perduraban los días nublados y tristonos del invierno, y con ellos la anemia que abatía los cuerpos de los buenos serranos y la tristeza que anublaba sus almas, el recuerdo de las diversiones de otros años en día tan señalado, despertó en ellos el ansia de gozar, de alegrarse y de olvidar.

«Hay que tragarse las penas ¡pecho alante!

—se dijeron todos —para que no acabe con nosotros esta morriña que nos mata.»

Y aquella tarde los mozos y las mozas del lugar bailaban y se aturdían en la plaza del pueblo, ahuyentando con grandes hogueras la sombra, que es luto de la Naturaleza, coloreando con vino y algazara la palidez, que es luto de los cuerpos, y disipando con músicas y alegres cantares la tristeza, que es el luto de las almas.

Y ya nadie pensaba en penas ni se acordaba de «la enemiga»; ya la sana y hermosa alegría de la vida, laboriosa y libre, de aquellos montañeses reía en todos los labios y brillaba en todos los ojos, cuando por uno de los extremos de la plaza apareció la siniestra figura de «la Pesaombre».

Algunos gritos consternados de viejas medrosas y de chicos asustadizos anunciaron su presencia: «¡la Pesaombre!»... Y como por encanto las palabras y las risas se helaron en todos los labios, y se apagó el brillo de todos los ojos, y cesó todo ruido. Él avanzó sin observar el efecto que producía, andando de prisa, á

grandes zancadas uniformes, rígido, con la cabeza hundida en el pecho... En la plaza se alzó un murmullo hostil... Pasó á mi lado: sus ojos, dilatados y brillantes de fiebre, despedían intensos fulgores sombríos; sus labios temblaban, contraídos y trémulos; un sonido ronco y destemplado, tenebroso como el estertor de un agónico, se percibía en su pecho convulsivamente agitado, y sus dedos, en crispación sañuda, parecían agarrotados por una contracción suprema... El murmullo hostil creció, se oyeron algunas protestas airadas, y al ir él á desaparecer por el opuesto extremo de la plaza, una piedra, ciega y brutal como las cóleras humanas, silbó en el aire y cayó con violencia sobre su espalda... ¿Qué le importaba á él un golpe más? Reprimió, irguiendo la cabeza al cielo, un arrebató impulsivo de protesta inútil, hundió de nuevo y más la cabeza sobre el pecho, encorvándose sobre las piernas rígidas, apresuró el paso y desapareció.

«¿A qué habrá salido ese mala visión de su agujero?... ¡Qué sombra negra!... ¡Malhaya su estampa de mal agüero!...» Todos estaban in-

dignados ¡Pobres! Ciegos contra el Destino y crueles en su ceguedad, todos mascullaban maldiciones é improprios.

A poco apareció otra vez, acompañado del médico. El hijo de este desdichado debe estar enfermo—pensé—y me fui por no verlo pasar otra vez á mi lado... y por no escuchar las miserables imprecaciones de aquella pobre gente indignada.



A la mañana siguiente salí muy temprano á pasear por el campo. Había amanecido un día espléndido, primero de primavera en el invierno prolongado de aquellas frías alturas, y confortado por un hermoso sol, que alejó de mí las penosas ideas de una larga noche de insomnio, aspiré con delicia los efluvios vivificantes que exhala la Naturaleza al despertar, alenté el alma en la contemplación del agreste paisaje lleno de luz y de vida, y por natural reacción sentí con más fuerza que nunca, la sana, la valiente alegría de vivir.

De regreso de mi excursión me encontré con el médico... ¡Qué tristes son ciertos encuentros cuando estamos alegres!

—¿Vienes conmigo?

—¿A dónde?

—Esta mañana han amanecido muertos en su casa «la Pesaombre» y su hijo—me dijo.

—Mejor sería entonces que dijera Vd. que no han amanecido—le dije.

Pero hice un gesto tan expresivo al decir esto, desmintiendo la expresión humorística que quise dar á mis palabras, que el anciano médico se sonrió maliciosamente.

—Es un deber de humanidad que nadie se presta á cumplir por el miedo supersticioso que inspira á las gentes ese infeliz... Pero tú—añadió acentuando de tal modo su sonrisa maliciosa, que á mí me pareció mortificante;—tú, tan despreocupado y tan filántropo... ¿Es que tu caridad se detiene ante los muertos?

El amor propio, que tantos héroes y santos ha hecho de los que en el mundo han sido y son admirados, excitó mis arraigados sentimientos humanitarios y mis precoces preten-

siones de hombre estóico y dije encogiéndome de hombros con santo heroísmo:

—Mi negativa ha sido una protesta egoísta de mi estómago rebelde, que condena mi voluntad, venerable amigo. Estoy dispuesto á demostrarle, si mi ayuda es necesaria, que vale tanto mi altruismo como su caridad cristiana. ¡Vamos á dónde Vd. quiera!

—¡Vamos, pues!

Luego de reprocharme en voz baja y airada mi ridícula flaqueza y mi menguada hipocresía, iba pensando por el camino: «Viendo á ese hombre muerto, no tendré de qué espantarme en mi última hora, si en aquella hora fatal me asaltan siniestras visiones terroríficas». Y de tal modo le veía mi imaginación exaltada que, cuando llegamos á la casilla del cementerio, me limpiaba con disimulo intrépido ese molesto sudor frío que antecede á los desasosiegos del estómago y que precede á la angustia de las pesadillas.

Entramos. Me sorprendió, en primer término, que la casita estuviese tan limpia y que tuviera un aspecto tan agradable. Luego, me

sorprendió más todavía que la luz de aquel día espléndido no se atemorizara, ni se entristeciera á lo menos, de alumbrar aquel cuadro que yo imaginé tan repugnante y tétrico, y que, por el contrario, penetrara el sol alegremente por la abierta ventana, dando tonos vivos y hasta risueños á una cama cubierta de blancas sábanas, donde yacían dos cuerpos... cuyos rostros yo sentía, á pesar de mis sorpresas, invencibles repugnancia y miedo en mirar...

¿Qué necesidad tienes tú de ver espectáculos tristes y antiestomacales, cuando tan contento estás esta mañana y cuando tan sano apetito te ha despertado el paseo?—me decía yo, indignado conmigo mismo.

Y apercebido de prudencia á estas razones, me volví hacia la ventana, dispuesto, sin duda, á pasar todo el tiempo que durara mi caritativa estancia en aquel lugar apostrofando al sol, á la primavera y á la Naturaleza toda, por la indiferencia cruel con que miran las cosas humanas y por las burlas atroces que se permiten á veces...

Pero el viejo médico, sin reparar en mi ac-

titud resueltamente lírica, y con terquedad que yo hubiera calificado de senil, si me hubiera dado tiempo, me agarró de una mano con la suya, temblorosa de emoción, y me llevó hasta la cabecera de la cama.

—Mira.

El asombro me impidió protestar.

El hombre y el niño, el padre y el hijo, yacían abrazados con los rostros casi juntos, en ademán de caricia, con los ojos entornados, en actitud de reposo, con los labios entreabiertos por una sonrisa, que debió ser un beso de despedida, y con una expresión de felicidad tan dulce, tan serena, tan inefable y extraña, que el rostro repulsivo de «la Pesaombre» estaba transfigurado por un no sé qué atrayente, y parecía hermoso, y el rostro precioso del niño estaba sublimado por no sé qué de ideal, y parecía soñado... ¡Nunca pudo imaginar mi egoísmo medroso y miserable nada tan bello, tan sugestivo, tan consolador!...

Y mientras, el anciano médico decía conmovido:

—La muerte les ha sorprendido como la

aurora á los niños: sonriendo... No sabemos de dónde vinieron, pero sabemos adónde han ido... ¡Fué un mártir!... ¡Era un justo!

Mientras decía esto el buen anciano, yo pensaba:

«Vinieron viajando y ya acabaron el viaje; pero vinieron llorando y acabaron riendo... Al final de la jornada ruda, ríe con la suprema alegría de morir el que está cansado; porque ¡descansa al fin!

Y comprendí que aquello horrible que se veía en los ojos de aquel hombre no eran, como creí, las angustias de la muerte; comprendí que aquéllas eran las angustias de la vida, las angustias de la ruda jornada, incierta y fatigosa...

## EL PÁNCARO Y LA QUÉGUISA

(Terribles mónstruos de América)

Lo sé de buena tinta: es bueno tener fé en a propia puntería, aunque jamás se cace nada. Debido á esto, Colón descubrió á América, y yo, en un día de caza por tierras de Andalucía, he descubierto la existencia de dos mónstruos americanos y de un sabio andaluz: hallazgo satisfactorio, aunque, según sospecho modestamente, no tanto como el primero.

A la hora del alba empuñé mi escopeta, silbé á mi perro, me interné en la Sierra, y en el calor de la caza, que arrastra casi tanto como el de la improvisación poética, dí con mis huesos al anochecer, sin nada en el morral, pero muy cansado, en un cortijo andaluz. Es la misma odisea trabajosa que siguen

muchos poetas por montes y valles pedregosos, para luego llegar de vacío al recinto de la inmortalidad.

A la puerta del cortijo había un grupo numeroso de campesinos, viejos y mozos, muchachos, hombres y mujeres, y tomé asiento entre todos. El más viejo de ellos, el patriarca del cortijo, llamado intencionadamente «don Salomón», que era el oráculo de la Sierra, tenía dos cartas en la mano: misivas recibidas hacía un mes de dos jóvenes emigrados á América, hijo el uno de los cortijeros y novio el otro de una muchacha allí presente. Por centésima vez el viejo «don Salomón»—único que allí sabía «de letras»—acababa de leer aquellas dos cartas y todos las comentaban á su sabor. Se hablaba, pues, de América, ese país soñado y remoto, tan sugestivo para los campesinos de España, que unos suspiran, como á tierra de promisión, y otros temen, con el secreto pavor que infunde lo desconocido en las almas simples y apocadas.

La cortijera, madre de uno de los emigrados, me explicó con voz temblorosa:

—Mi mozo, Juan, y el hijo del tío Tojo, el Boro, se fueron pa América, á la ventura de Dios, ha ya un año, y vá pa un mes que han escrito diciéndo que allí, en aquella tierra donde están, han apareció dos fenómenos endemoniaos, que quizás ya habrán dao fin de ellos. Y desde entonces estoy que no vivo, señor.

—¿Y qué fenómenos son esos?—pregunté sorprendido.

Se miraron unos á otros, como si ninguno se atreviera á pronunciar las terribles palabras, y ai fin todas las miradas convergieron interrogantes en don Salomón: éste, animosamente, dijo con voz grave:

—Dos monstruos, señor: ¡el *páncaro* y la *quéguisa*!

Hubo un movimiento de terror en los circunstantes; las mujeres se persignaron y yo me quedé con la boca abierta.

—¡Cosa más rara! — exclamé — ¿Y qué es eso?

—¡Cosas del mismísimo demontrel—salmodió una voz de mujer, con entonación misteriosa y fúnebre.

—El *páncaro*—respondió don Salomón—es un bicho raro del Brasil, que, á lo que se entiende, pica y echa veneno y hace morir á todos los nacidos.

—¡Cosa bárbara!

—Y la *quéguisa*—siguió don Salomón—es un bicho de Buenos Aires, que ha dao ya fin de todas las mujeres de allí, sin quedar una, y ahora ha empezao á hacer el estrago entre los hombres...

—¡Qué horror!—gritaron todos.

—¡Es un bicho que mata de pena!—agregó el viejo sabio con amargura.

Una noticia tan estupenda y emocionante, largada así, de repente, me dejó sin respiración.

La aterrada voz de una moza—la novia del otro emigrado—resonó apresurada y vehemente:

—¡Lea usted las cartas donde lo dicen, señor!

Y se ruborizó hasta los ojos.

Don Salomón se dió por ofendido, y dijo ceñudamente:

—El señor no ha de leer mejor que yo las cartas de Juan y el Boro, rapaza; porque yo conozco mejor que nadie las letras de los dos. ¡Como que fui yo el que los enseñé *de* leer y escribir!...

—No importa, don Salomón—reliqué yo anhelante—deme usted, que quiero ver por mis propios ojos esos terribles relatos.

—¡Sí, sí; que las lea el señor!—gritaron muchas voces.

El viejo sabio me dió las cartas con gesto desdeñoso y yo abrí la primera, fechada en una aldea del Brasil:

«Mi querida Adela mía de mi corazón inolvidable»—empezaba la misiva. Y me embrollé en un laberinto inextricable de palabras enlazadas y sílabas distantes, escritas con la más endiablada y pintoresca ortografía de mayúsculas y minúsculas en danza que se puede soñar.

Descifrando aquel jeroglífico y deletreando llegué al siguiente párrafo de la carta:

«Aquí, pa que lo sepas, está el pan caro y no vamos á quedar uno pa contarlo...»

Se oyó una exclamación general y todos se quedaron mirando á don Salomón. Este se levantó de su asiento y me increpó indignado:

—Ahí no dice el pan caro, señor: dice ¡el *páncaro!*

No fui yo: fué la risa la que se desató en mí como un torrente... Sin embargo, supe reprimirme á tiempo, guardando los respetos debidos á aquel oráculo de la Sierra, y dije para disculparme:

—Tiene usted razón, don Salomón; aquí dice el *páncaro*. ¡Lo gracioso es mi torpezal...

Todas las miradas se fijaron en el viejo sabio con desconfianza, apesar de la fé ciega que todos tenían en su sabiduría; pero yo, sin dar tiempo á las explicaciones, seguí leyendo.

La segunda carta, dirigida á la cortijera, venía de una hacienda en formación, situada en la Pampa, y el hijo refería á su madre sus penas y sus alegrías, sus trabajos y sus esperanzas, con una letra y una ortografía aun

más enrevesadas que las de la primera epístola. Los campesinos seguían con religioso silencio mis esfuerzos de interpretación, y todo fué bien hasta que llegué al siguiente pasaje de la carta:

«Sabrás, madre, que aquí hay que guisar entre hombres, porque mujeres no hay y nos vamos á morir todos de pena...»

Estalló un grito general, seguido de una explosión de carcajadas locas, que me desconcertaron por el momento.

—¡Ay, la *quéguisa!*—gritó una mozuela retorciéndose de risa.

Comprendí: las palabras «*que guisar* entre hombres», unidas al principio y empezando con una Q mayúscula, habían dado lugar por parte de don Salomón á la terrorífica invención de la *quéguisa*...

El viejo sabio inclinó la cabeza sobre el pecho y se entró precipitadamente en el cortijo, apedreado por las risas y las cuchufletas de todos... En este momento murió para siempre en un rincón agreste de Andalucía, una de las reputaciones científicas más sólida-

mente asentadas en la credulidad de los hombres.

...¡No; pero no os burléis del pobre campesino: bastaría saber leer para que muchas reputaciones, que son y han sido en el mundo, corrieran la misma suerte'...

## GRITO DEL ALMA

Los hervores primaverales de la sangre me hostigaron aquella mañana á buscar en el campo, bajo el cielo azul, expansión calmante á mi vitalidad desbordada. Sentía necesidad de respirar á pleno pulmón y de fatigar mis nervios, para calmarlos luego en el reposo. Di un largo paseo hasta los confines de la Moncloa, y de regreso, despertado mi apetito, entré en un restaurant á la moda, donde devoré mi almuerzo, al aire libre, bajo un dosel florido y escuchando las notas regocijadas de una orquesta callejera.

A los postres, cuando me disponía á tomar café, el exceso de bienestar me espoleaba con ansias de expansión, y volví la cabeza á todos

lados buscando un conocido, un compañero, en quien depositar las confidencias placenteras de mi explosivo regocijo. El jardín del restaurant estaba casi desierto á aquellas horas; pero á través de la verja divisé una cara trágica, de antiguo conocida, que me miraba, pálida de ansia, con gesto implorante de mendigo. Aquella cara me hizo la misma deplorable impresión que un canto funeral escuchado á lo mejor de unas peteneras. Pero pronto se calmó la impresión repelente y ácida, desvanecida en una plácida melancolía de evocación sentimental.

Aquel hombre de la cara trágica, pálido de ansia, era mi condiscípulo y antiguo amigo Fabián González. Mal sujeto, y acaso más desdichado que malo, se arruinó en el juego, obtuvo un pobre empleo en una capital de provincia, gracias á la compasión de alguno de sus compañeros de colegio, y se casó con una mujer singularmente bella y aun más raramente buena, que fué una mártir en su matrimonio. ¡Perdonadme que la emoción me obligue á hacer una pausa al recordar á aquella mujer encantadora y santa, que sembró de

flores el erial de su vida y cayó al fin deshojada, sin que nadie se abrevara en su fragancia!...

Hace algunos años, siendo yo gobernador de una provincia andaluza, precisamente de aquella donde estaba empleado González, conocí á su mujer y reanudé mis antiguas amistades de condiscípulo con él, sólo por aproximarme á ella y cultivar su trato. Era una mujer divinamente bella y de una ingenuidad translúcida: eran visibles en sus ojos las bondades de su alma. La quise con la pasión más honda y perdurable de mi vida y llegué por ella á los arrebatos de la renunciación; pero me rechazó siempre con sencilla é inflexible rotundidad. Cesé en el cargo de gobernador de aquella provincia, regresé á Madrid y al cabo de algún tiempo tuve noticia de su muerte. De su memoria guardaba mi alma un culto.

Y hé aquí que, cuando menos podía pensarlo, su recuerdo me era evocado por la presencia de su marido, aquel desdichado que fué su verdugo y que ahora se me presentaba con cara de hambriento y aspecto de mendigo.

Lo hice llamar por medio de un camarero y entró en el jardín del restaurant, con gesto de extrañeza y de esperanza. Al reconocirme se iluminó su cara de alegría, como día nublado por un sol de invierno.

—¡Hola, Julio! ¿Eres tú?... ¿Me llamas? ¡Qué raro, hombre!

—Tengo mucho gusto en verte, González.

—Pues mira, nadie lo diría—replicó con forzada sonrisa de franqueza.—He estado varias veces en tu casa y tus sirvientes me han echado á la calle...

—No lo sabía, González; no sabía siquiera que estabas en Madrid.

—¡Qué raro!... Pues sí; me dejaron cesante, y como Madrid es grande, me vine á Madrid... Bueno; pero supongo que tú me habrás llamado para que te acompañe á comer...

—Pide lo que quieras.

—¡Ah! Yo me conformo con un bistek, con tal de que tenga muchas patatas...

Le sirvieron un bistek y comenzó á devorarlo.

—Supe que tu mujer murió—insinué con indiferencia.

—Sí—contestó González tranquilamente.

—¡Pobre mujer! ¡No fué muy dichosa contigo!...

—¡Phs!; fué una mala mujer! Nunca me quiso bien.

—¿Por qué dices eso?—estallé de pronto, indignado, sin poder reprimir la cólera.—¿No te quiso más que tú merecías?

—No te exaltes, Julio; has tenido siempre ese defecto desde pequeño. Mi mujer me engañó.

Ante aquella confesión fría y que yo juzgué cínica, sentí un dolor agudo en las entrañas; algo creí que se rompía en mi interior y se derrumbaba con estrépito. Con voz que temblaba de la conmoción del golpe, silabeé:

—¿Tú mujer te engañó?

—Horrorosamente, amigo. Figúrate que los padres de la muchacha estaban en buena posición y pasaban por ricos... Vamos, un pobre empleado de dos mil pesetas ya comprenderás que tenía que buscar razonablemente una mu-

jer que aportara siquiera otras dos mil pesetas al matrimonio... Porque dos y dos son cuatro mil... Pero ¿lo creerás? Me casé con ella y resultó que no tenía una peseta. Y es claro: en vez de dos y dos cuatro, resultó que vino á comerse mil pesetas de lo que yo ganaba y me dejó reducido á la indigencia de las otras mil... lo que da un error de cálculo de tres mil pesetas, ó yo no sé matemáticas... ¡Y eso no hay derecho para hacerlo con un hombre, Julio!

Respiré.

—Eres un infame, González. Tuviste la mujer más bella y más buena que ha existido. Fué una mártir y una santa.

—¡Qué apología, amigo!—exclamó González riendo.—¿Estuviste enamorado de ella?

—Con toda mi alma.

—¡Hombre!

—Con toda mi alma, González. Tú no entiendes de eso, pero te lo digo: la quise con pasión, y se lo dije, y traté de robártela...

—¡Qué cinismo, Julio! ¿Sabes que si tuviera yo vergüenza te pegaría ahora un tiro?

—¿Por qué?

—No, no te asustes; no tengo revólver...

—No, si no me asusto; pero, ¿por qué habías de pegarme un tiro? ¿porque hago justicia á una santa mujer que tú ultrajas? Sabe que le ofrecí paz, y le ofrecí dinero, y le ofrecí amor, y me rechazó... Llegué á ofrecerle, en dinero, á la mano, la mitad de mi fortuna...

González dejó de comer y me miró estupefacto.

—¿Llegaste á ofrecerle la mitad de tu fortuna, Julio?

—En títulos al portador.

—¿Y te rechazó?

—Me rechazó.

Fué un grito del alma. González miró al cielo con desesperado reproche y exclamó con honda y desconsolada convicción:

—¡Cuando yo digo que aquella mujer nunca me quiso bien!...

## EL AMOR Á LA LUNA

A la puerta del cortijo, bajo el amplio emparrado, sentados en un poyo circular ó en el suelo—¡Dios guarde á los buenos serranos!—se hallan los cortijeros, sus hijas, sus yernos, sus nietos, el sobrino Antón, los vaqueros, los pastores con sus mujeres, los zagales y las zagalas, y algunos mozos de labranza: toda la gente del cortijo. Están tomando el fresco y descansando de las fatigas de la jornada, después de haber cenado.

Arriba, en el granero del cortijo, salón de honor de la casa, con una ventana abierta sobre el emparrado, descansamos también algunos jóvenes amigos, entre sorbos de café y tufaradas de humo. Sólo que nuestras ociosas fatigas provienen de los excesos cinegéticos del día.

La luna, iluminando con esplendor diurno el vergel lindero y los bravíos contornos, se filtra, juguetona, á través de los verdes pámpanos del emparrado, dulcemente agitados por la brisa, poniendo ya besos de luz, ya esquivados de sombra, en el grupo pintoresco de los serranos. Cerca, por el cauce de una acequia, que luego se precipita en cascada, ríe, alocado y burlón, un claro torrente, que desata á borbotones su alegría vocinglera, en una charla incesante.

Haciendo coro al parlero reir del agua las voces de los chicos, chillando como jilgueros, se desgranán en un alboroto cristalino:

Lunica, lunera,  
la cascabelera,  
los ojos azules  
la cara morena.

En cambio la gente del cortijo y los cazadores, en el sopor de la fatiga, callamos todos, reposando la cena.

Los chicos se cansan también al fin de trinar, y callan.

Entonces es cuando la voz del tío Sabio el anciano pastor, resuena en el silencio, reposada y grave, lanzando en medio del corro, como un juguete de sorpresa, el planteamiento del árduo problema:

—¿Sabéis alguno de vosotros lo que es esta lunica que estamos viendo?

Más vivo que el viento, un rapaz contesta:

—¡Toma! ¡La luna es una monea grandota de plata y el sol una monea grandota de oro!

—¡No es eso, no es eso!—replica enojadísima una rapaza, linda y avispada.—La luna es una carica de mujer, y el sol una carica de hombre, que echan chispas los dos, de enamoricos que están el uno del otro; pero como han dao en salir el uno de día y la otra de noche, pos nunca se encuentran y no han podío casáse.

—¡Qué tontos!—exclama una zagala.

—¡Figúrate! ¡Como que si el sol saliera de noche, la piyaba ensegúa!... ¡Ay! —concluye la rapaza, echando una ojeada desdeñosa á un zagal. — ¡Pero son más tontos algunos hombres!...

Los hombres ríen de la ingenuidad de la niña, y el tío Sabio dice gravemente:

—Pos no es eso tampoco.

—¡Claro que no!—exclama una moza, con la seguridad que da la suficiencia.—El sol es un ascua mu grande hecha brasa y la luna un lago é agua, que es lo que reluce, con tierra alreor, que es lo que tié negro.

—Pos sí que le andais cerquilla!—asevera irónicamente el tío Sabio.

—¿Tampoco es eso, tío Sabio?—pregunta ofendido el padre de la moza.

—Tampoco es eso—responde el tío Sabio.

—¡Mecachis! ¿Entonces qué es?—pregunta Antón, intrigado.

—Hace muchos años—afirma el viejo Sabio—me lo dijeron á mí en secreto y esta es la hora que no lo he dicho más que doce ó dieciseis veces.

—¡Pijota! ¡Eso es bueno!—exclama un mozo—¡Venga de ahí, tío Sabio!

—Pos veréis.

Cualquiera se muere, sino tiene otra cosa que hacer, por escuchar una explicación cien-

tífica tan interesante como la anunciada. Los serranos tosieron y escupieron previamente para evitar interrupciones, y nosotros, desde el granero del cortijo, también nos dispusimos á escuchar en silencio.

El tío Sabio habló:

—El sol es una mujer: nuestra *mae* Eva; y la luna es un hombre: nuestro *pae* Adán.

Los hombres se miraron unos á otros, buscando la propia fé en la credulidad de los demás.

—¿Qué es lo que nos está usted diciendo, tío Sabio?—exclama la vieja cortijera, intrigadísima con la noticia, como si se tratara de un secreto de vecindad.

—La verdad pura, tía Jesusica—replica el sabio pastor, llevándose las dos manos al pecho.

—Hombre, en tóo caso—observa el cortijero—el sol será *pae* Adán y la luna *mae* Eva. ¿No es eso lo más derecho?

—No, señor—replica el Sabio—Eso tié su razón de ser, y ya tendrá usted ocasión de verlo, tío Refael. La luna es *pae* Adán y el sol *mae* Eva;

y lo que les reluce y se les ve á los dos es carne, y lo que le negrea á la luna es... ¡yo no quisiá decirlo, pero la verdá por delante!: lo que le negrea á la luna son pelos.

—¡Jesús!—exclaman alarmadas algunas mujeres.

—Pero lo peor de esto—continúa el tío Sabio—es que lo que enseñan *pae* Adán y *mae* Eva es carne y pelos; pero no es la cara lo que se les ve, no...

—¡Mecachis!

Todo se miran suspensos.

—¿Entonces qué es lo que se les ve?—pregunta una rapaza, impaciente y cándida.

—Hay cosas—contesta el tío Sabio—que cuesta suor decilas delante de personas... Pero, en fin, yo no tengo la culpa. La luna y el sol son *pae* Adán y *mae* Eva, que están en la siguiente positura: están en corvaos, tapándose la cara con los pies y con las manos, y toó eso lo tienen del lao de allá, que no se ve; de móo y manera que lo único que se les ve es...

—¡El asiento!—exclama audazmente Antón.

Una lluvia de improperios y una silla de su tío, el cortijero, caen sobre el atrevido mozo.

—¡Jesús, Jesús, qué vergüenza!—chillan las mujeres, escandalizadas, cubriéndose los rostros con las manos.

El cortijero está furioso con su sobrino:

—¡No faltes á la decencia del cortijo, ó te rompo el alma, cochino!

—¡Alto ahí, tío Refael!—interviene autoritariamente el viejo Sabio.—No hay que faltar al mozo. Antón ha atinao con la verdá... y no es culpa suya que el Señor haya dispuesto así las cosas.

—¿Pero eso es cosa del Señor, tío Sabio?—pregunta una zagala.

—¡Pos de quién va á ser, paloma!—contesta con acento de lástima el viejo pastor.—¿No sabes tú que ná se menea en los árboles sin la voluntá de Dios?

—Sí que lo sé.

Pos figuráte cómo *pae* Adán y *mae* Eva hubián podío hacer un viaje tan largo si la cosa no fuera voluntá de Dios.

—¡Es verdá!

—¿Pero qué dianche de cosa es la que nos está usté contando, tío Sabio?—pondera la vieja cortijera colmada de asombro.

—¡Me paece á mí—observa un mozo—que el tío Sabio tié esta noche su miaja 'e ganillas 'e cachondeo!...

—¡No tomálo á chungá, jinojol—exclama furioso el tío Sabio.—¡Tóo lo que yo digo tié su razón de ser!...

—A ver, á ver—dicen todos, volviendo á escuchar vivamente interesados.

—Cuando *pae* Adán y *mae* Eva—explica el tío Sabio—se chuparon la manzana en el Paraíso terrestre, como tóos sabeis...

—¡No, tío Sabio; yo no lo sé!—interrumpe una rapaza.

—¡Ni falta que te hace saberlo, mocosa!—le reprende su madre.

—De eso habría que decir sus más y sus menos—observa sentenciosamente el Sabio.—Pero, en fin, en la cencia de comer manzanas no hay que dar lecciones, porque tóos la aprenden sin maestro.

Los hombres se ríen y el cortijero pone orden:

—¡Alante, tío Sabio!

—Pos como iba diciendo, cuando pasó eso 'e la manzana, el Señor fué una tarde al Paraíso terrestre, á dáse un paseo y á ver como andaba la fruta...

—¡Mecachis! ¡Pos bonica encontraría la manzana!...

—¡Figúrate! Al guipar al Señor, *pae* Adán y *mae* Eva fueron y se golvieron de espaldas y se encorvaron, corrió de vergüenza, y desnúos como estaban. Pero el Señor ¿qué va y se figura? Que le güelven la espalda los comilones pa hacéle arrendajos con el asiento, y tóo indirnao va y les mete dos patás con toas sus fuerzas en el sitio pecaor y los manda á tomar aire á ca uno por su lao...

—¡Demonchel!

—Y ahí los tenéis: tomando aire entavía y enseñándonos á tóos los nacíos lo más peor del endividuo, en castigo 'e su pecao.

—¡Jesús, Jesús, Jesús!—exclaman las mujeres.

—¡Pijota, que tié eso perendengues!

—¡Mecachis, si tiene perendengues!

—¿Pero ánde tienen la luz esos desgraciaos, demonche?—interroga la cortijera.

—¡Figúrese usté, tía Jesusical! El Señor les colocó *allí* un candil pa que no pudieran tapar su irnominia.

—¿Un candil, tío Sabio?

—Un candil.

—¡Me paece á mi mucho candill—rezonga Antón, incrédulo.

—¡Hombre, si irás tú á enseñar á Dios á hacer candiles!... Les colgó un candil más grande que tóo el cortijo, con un río de aceite y una torcía como el cuerpo de un hombre...

—¡Camarál ¡Pos ya tién que tener juerzas pa tirar del candilillo!...

—¡Voluntá de Dios, hombre!

—¿Y ánde está el candil, que no se ve?—pregunta una rapaza.

—Engaño 'e la vista, paloma. El candil está tóo del lao de allá, que no se ve; y no enseña más que la torcía encendía...

—¿Pero entonces *pae* Adán y *mae* Eva?...  
—interroga indecisa una moza.

—¿Qué?

—¡Lo tendrán perdío!

—¡Figúrate mujer! ¡Achicharrao, hecho una lástima!...

—¡Jesús!

—¡Probeticos!

—¡Qué lástima!

—Oiga usted, tío Sabio—interviene Antón—  
¿y se puén rascar cuando les pica?

A pesar de la lamentosa gravedad de las circunstancias y de la viva compasión que sienten, todos sueltan la carcajada.

—¡Cuidao con chunguearse de *pae* Adán y *mae* Eva, jinojo!—grita indignado el tío Sabio.—Son nuestros agüelos... y el Señor pué castigáenos lo mesmo.

—¡Mecachis!... No lo diga usted ni en broma.

—Oiga usted, tío Sabio—interroga el cortijero—¿y por qué decía usted que el sol es *mae* Eva y la luna *pae* Adán?

—¿No fué *mae* Eva la más pecaora?

—Sí que lo fué.

—¡Pos justo es que *lo* tenga más achi-charrao!

—Es verdá.

—Además: ¿no está á la vista que la luna es pelúa y el sol no tié pelos?

—Sí...

—¡Pos entonces!... Además: ¿no es más grande el sol que la luna?

—Sí...

—¡Pos entonces!...

—¡Jesús, Jesús, qué vergüenza!—chillan las mujeres con los rostros entre las manos.

—¡Era lo que me queaba que oír en este mundo pijotero!—gimotea la cortijera escandalizada.

—¡Pero que me ha dejao usté frío... frío... frío, tío Sabio!—afirma el cortijero.

—¡Así es tan chata la luna, camará!—observa reflexivamente un pastor.

—¡Figúratel

—¡Y cualquiera le echa ya una miraíca!—exclama remilgadamente una rapaza.

—Lo mejor es no mirála, pa que no le dé

bochorno al probe—accnseja una vieja piadosa.

—Oiga ustedé, tío Sabio—pregunta Antón muy intrigado: —¿y nunca, nunca?...

—¿Qué?

—¿Nunca, nunca *pae* Adán y *mae* Eva?...

—Qué quiés decir?

—¡Mecachis! Pos tóo el mundo lo hace...

No hay más remedio!

—¡No, hombre! ¿No ves que no comen?...

! . . . . . !

Mientras tanto, en el granero del cortijo, los cazadores nos habíamos engrescado en una discusión tumultuosa:

UN CAZADOR.—¡Y pensar que esos brutos comen á manteles!...

OTRO CAZADOR.—¿Por qué, compadre?

EL PRIMER CAZADOR.—¿Cómo por qué?  
¿Crees que son personas los que dicen y escuchan tales disparates?

EL SEGUNDO CAZADOR.—Mayores disparates propalan todas las religiones y hay gentes en todas partes que los creen.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Blasfemo!

UN TERCER CAZADOR.—Es verdad. ¿Qué

más da llamar Apolo y Diana al sol y á la luna, que llamarles *mae* Eva y *pae* Adán? Después de todo, ¿no es el sol el verdadero padre de la vida, el incubador de todos los seres?

EL PRIMER CAZADOR.—¡Hereje!

EL SEGUNDO CAZADOR.—Padre Adán y madre Eva, luciendo las nalgas por el cielo, ó paseándolas por la tierra, carecen igualmente de decoro y de sentido común. Con la diferencia de que la leyenda del tío Sabio es más original y tiene más gracia que la leyenda bíblica...

—¡Salvajel... ¡Beduino!... ¡Mastodonte! ..

La pirotecnia de los más pintorescos dictorios matizó de relampagueos detonantes el aire; hasta que un cuarto cazador intervino y dijo:

EL CUARTO CAZADOR.—Pues para mí, señores, la lección astronómica del tío Sabio ha sido una verdadera revelación.

EL PRIMER CAZADOR.—¿Por qué?

EL SEGUNDO CAZADOR.—¿Por qué?

EL TERCER CAZADOR.—¿Por qué?

EL CUARTO CAZADOR.—¡Porque ahora comprendo la razón de que algunos poetas deliren por la luna!...

## UNA MADRE

Mi padre me ha escrito:

«Visita al señor don Bonifacio y no seas salvaje, hijo. Eres pobre, necesitas hacer fortuna y don Bonifacio es rico, influyente, poderoso. Ya le he escrito á su señora, que nos recuerda y nos quiere, para que seas bien recibido. Visita á don Bonifacio y no seas salvaje, hijo.»

Por esta razón me he limpiado las botas esta mañana, me he cepillado la ropa cuidadosamente y héme aquí en el *hall* de la casa de don Bonifacio Tarranquilla de las Torres y Garrigó de los Olmos, banquero, senador, ex-ministro, conde y caballero no sé cuántas veces de no sé cuántas cosas y qué se yo qué más.

—El señor está ocupadísimo y no recibe—me dice un sirviente mirándome con desdén compasivo.

—Bueno. Usted me hace el favor de pasarle esta tarjeta y nada mas—le digo.

Se encoje de hombros y toma la tarjeta.

¡Valiente pesadez la de estos pedigüenos que vienen todos los días á molestartos!—parece decir con la mirada y el ademán.

He observado que los siervos de personajes, se identifican de tal modo con el *señor*, que de buena fé se consideran también *señores* ante los pelagatos que no gastan levita ó la usan deteriorada. Toman en serio el flamante uniforme con que se disfrazan y ostentan con orgullo de potentados el sambenito de su esclavitud.

—El señor ruega á usted que lo perdone por el momento—me dice el individuo, volviendo completamente humanizado.—Pero la señora recibe á usted—añade obsequiosamente.

¡La señora me recibe!—saboreo entre mí, mientras penetro en las suntuosas habitaciones por las que me conduce el sirviente. La

señora es una joven muy bella, casada hace diez años con el respetable banquero y senador don Bonifacio y con la cual jugué yo de niño en nuestra ciudad natal. Ella se expatrió muy joven, vivió muchos años en París, rodó mucho por el mundo y no he tenido ocasión de volver á verla ni una sola vez, aunque ha vivido siempre su imagen en mi recuerdo con un halo de ensueño. Ahora inverna en Madrid.

La señora me recibe en una salita elegante, sentada en un diván, con un perrillo negro entre los brazos y con un niño y una niña á su lado, que me miran con curiosidad infantil. El cuadro es encantador. Mi bella paisana es aun más bella que cuando yo la admiraba de niña: es plenamente bella. Y nuestros pintores místicos nos han acostumbrado de tal modo á contemplar las imágenes de nuestra devoción rodeadas de ángeles, que me siento inspirado de un profundo respeto hacia la señora.

Ella me acoge amablemente. Me pregunta por sus parientes, por sus amigos, por sus conocidos; me pregunta por mi padre y por Sie-



rra Nevada. Una ráfaga de juventud, perfumada de azahares, acaricia nuestras almas por la magia del recuerdo.

—Salí muy joven de allá y no he vuelto— suspira ella.—¡Qué hermosa tierra es la nuestra!

El ligero acento andaluz con que hablan las andaluzas educadas y hermosas, es de una gracia adorable. Y habla, habla largamente, con calor de entusiasmo; amable y expansiva ella; yo, mudo y extático.

El perrillo la interrumpe de vez en vez, ladrando azorado entre sus brazos: es que el niño se divierte en tirarle de tiempo en tiempo de los pelos...

Yo he besado á la niña, y el niño ha dejado de tirarle de los pelos al falderillo de su mamá, para besarme también.

La niña es feucha y delicada; el niño, precioso y fuerte; pero el niño me molesta casi tanto como me gusta la niña: la niña es divina...

Y he dejado que el niño vuelva á divertirse con el perrillo negro de su mamá, mientras

retengo y acaricio á la niña, que es ya mi amiguita... Creo que un hombre debe sentirse tan halagado de hacer amistad con los niños, como de inspirar profunda antipatía á los hombres.

La madre está encantada conmigo:

—¡Pero si decía su padre que era usted un salvaje!—exclama, sorprendiéndome agradablemente.

No sé qué contestar á su amable exclamación, tan ingénuo, porque temo que mi buen padre esté en lo cierto. Creo, sin embargo, que empiezo á decir algo sobre la influencia que ejerce la belleza en los salvajes, según observaciones de personas civilizadas...

Y ella, claro está, sin darme tiempo á concluir, se da por aludida, se cree galanteada; y lo que no está claro, me hace el honor de agradecerme la lisonja con una sonrisa que me eriza las pestañas... Debilidades femeninas, ¡ay!, que son baches profundos en el camino de la vida.

Por eso yo he escrito en el libro de la sabiduría: «Cuando tropeceis con una sonrisa de mujer, cerrad los ojos... y pedid á Dios caer

en blando, hermanos; porque de cien veces que tropeceis, noventa y nueve dareis el tumbó, y correreis grave riesgo de estrellaros contra cualquier guijarro picudo de los que embellecen el camino».

Mientras tanto el niño se va entusiasmando cada vez más en su juego con el perrillo de su mamá, apesar de las observaciones quejumbrosas de la hermanita y de las protestas gruñonas del can, que van siendo ya un poco molestas. El niño está envalentonado con la cólera pasivamente gruñona del falderillo—aparatoso, ruidoso é inofensiva como la cólera de todos los pequeños—y con la complacencia bondadosa de su mamá, que le ríe la gracia: la gracia del niño que le tira de los pelos á su perrillo.

—¡Eres malo, Luisito!—le dice la hermanita en tono suplicante.—¡Estate quieto!

—¿No ves que te va á morder?—observa la madre, envolviendo al hijo en una mirada envanecida, indulgente y satisfecha, que parece decirle: «¡Pero qué valiente eres!»

El niño alza la cabeza con orgullo intrépi-

do al escuchar las palabras de su madre, y sin decir nada, se abalanza hacia el perrillo... Suenan un ladrido desaforado y al mismo tiempo un grito:

—¡Ay Dios mío! ¡Le ha arrancado pelos!— dice la niña.

—¡Si, pero él le ha mordido!— replica airadamente la madre.

Y besa apasionadamente la manecita del niño, en la que brota una gota de sangre. ¡Horror!

Y luego golpea al horrible falderillo, que calla temblando de miedo y se acurruca entre los brazos de su ama.

El niño sale de la habitación, mirando al perrillo con gesto avieso de amenaza y vuelve á poco.

—¡Qué diablejo de criatura!— dice la señora sonriendo, ya tranquilizada.

—¡No, mamá: Luisín es malo!— dice la niña lloriqueando.

—¡Ah! El niño es una obra maestra, que honra á usted, señora— digo yo.

Pero aunque digo esto con un poco de iro-

nía, mis palabras ruborizan de gusto á la señora y una voz sarcástica me dice al oído: «¿Adulas, eh, adulas?... Jé, jé. ¡Cómo te conquistaste la protección de don Bonifacio!»

En esto, el niño mete la mano entre los brazos de su madre é instantáneamente el perrillo negro da un furioso ladrido, escapa de un salto y sale de la habitación corriendo y ladrando lastimeramente... El niño sale detrás de él, dando gritos y palmadas de triunfo. La niña les sigue, protestando con gimoteos de lástima.

—¿Qué ha sido?—pregunta la señora sorprendida.

—Nada, señora—respondo encogiéndome de hombros.—Una caricia que le ha hecho el niño á su perrito.

—¡Bah!—dice sonriendo bondadosamente. —«Es preciso dejar que se diviertan los niños».

Una voz repite en mi oído: «Tú has visto un alfiler en las manos del niño y has callado, y ahora le disculpas... ¡Como se trata del hijo del señor don Bonifacio y quieres ganarte la protección de su padre!...»

Esta voz, que es la de una *amiga mía*, que siempre me acompaña, tiene la virtud de despertar mi salvajismo nativo, cuando dormita él, y la de exasperarlo cuando está despierto.

Le digo á la señora, empleando un tono de galante afectuosidad respetuosa, que me vale una sonrisa:

—En efecto, señora. A propósito de la graciosa diablura de su precioso niño — que se parece á usted lo bastante para ser precioso — recuerdo en este momento un lance, aun más divertido, que presencié yo hace algún tiempo en nuestra tierra... ¿eh? ¡en Sierra Nevada, en plena Sierra Nevada, señora!

La señora acoge tan amablemente mi preámbulo que se inclina hacia mí, mostrándome, ¡ay!, la armonía palpitante de los senos, á través del celaje de la seda transparente...

Yo prosigo suspirando:

—Pues sí. Iba yo un día de caza, con mi escopeta al brazo, las manos en los bolsillos y muy distraído en admirar las hazañas de mi perro, que no se separaba de mis talones; y me había detenido en la cúspide de un tajo domi-

nante para contemplar el bravío panorama de la montaña escueta, surcada de precipicios rocosos, en cuyo fondo mugían sordamente las aguas del río y de los torrentes, cuando allá, de aquellas honduras, á la vista insondables, salió un espeluznante alarido ronco en mil tonos siniestros, repetidos por el eco... Yo y el perro comprendimos desde luego que era un alarido humano y un alarido de muerte; pero el can, acercándose á mí con miedo y gruñendo con sordina lúgubre, pensó sin duda en los lobos, mientras yo, sin dudar, pensé en los hombres.

La señora se hace hacia atrás, mirándome con incomprensible asombro, y yo continúo, haciendo festiva la galante afectuosidad de mi acento.

Excuso decir á usted, señora, que saqué las manos de los bolsillos... Y yo y el perro nos precipitamos de tajo en tajo, guiados por los gritos, cada vez más débiles, que salían del fondo invisible de uno de los barrancos. Al llegar al último tajo, que nos permitió ver en el fondo á mí y al perro, con manifiesta exposi-

ción de dar en él de cabeza, los gritos, que luego fueron gemidos, ya se habían extinguido por completo. Allí había un hombre inclinado sobre otro hombre tendido en el suelo, y el que estaba de pié le machacaba el cráneo á su congénere con un palo lleno de sangre, de pelos y de sesos... ¡Pero no vaya usted á pensar temerariamente, por Dios, señora! Aquel hombre no machacaba con rabia, enfurecido ó demente, no: calmosamente, pausadamente, uniformemente, con la regularidad monótona de un sirviente que limpia una alfombra, así: ¡chán!... ¡chán!... ¡chán!... le machacaba el cráneo.

La señora, estupefacta, va á interrumpirme, cuando entran de nuevo y alborotadamente el niño y la niña.

El niño viene delante y grita:

—¡Se ha muerto el perrito mamá!... ¡Se ha muerto!

En tono como si dijera:

—¿Has visto que tonto, mamá?

La niña viene detrás y grita:

—¡Lo ha matado, mamá!... ¡Le ha clavado un alfiler y lo ha matado!...

Y la voz de la niña tiembla de lástima.

—¿Ve usted señora?— me apresuro á decir-la, ensayando mi sonrisa más interesante.—  
¿Ve usted?... Aunque los niños atormenten y maten á los perros mientras son niños, no importa: los niños llegan á ser hombres; y cuando son hombres, los hombres les machacan los sesos á sus congéneres...

La mirada que me dirige la señora es de un asombro estúpido.

—¿Qué quiere usted decir?— pregunta, severa.

Comprendo que ha llegado la hora de tomar la puerta, y me levanto y me inclino para responder.

—¡Bah! «Que es preciso dejar que se diviertan los niños, señora, para que se vayan ensayando en sus futuros quehaceres de hombres...»

Y salgo de la casa del señor don Bonifacio Tarranquilla de las Torres y Garrigó de los Olmos, etc., etc., despidiéndome para siempre de su insustituible protección, y lamentando con toda mi alma que su hermosísima y ama-

ble señora no tenga ocasión de experimentar lo que duele que nos arranquen pelos del cuerpo y que luego nos metan un alfilerazo en el corazón...

• • • • •

Y le escribo á mi padre:

«Mi salvajismo no tiene cura, padre».

FIN

# Indice



# ÍNDICE

	Páginas
DEDICATORIA.....	7
Breve, al lector.....	9
Alma andaluza.....	11
CUENTOS.....	69
Mi primera hazaña de amor.....	71
Lo ajeno.....	80
Un vientecillo suave y juguetón.....	88
El héroe del Casar.....	98
La locura de un hombre honrado.....	110
La flor de la Sierra.....	118
La Pesaombre.....	126
El páncaro y la quéguisa.....	143
Grito del alma.....	151
El amor á la luna.....	158
Una madre.....	172